LA HISTORIA QUE INSPIRÓ *EL PACIENTE INGLÉS*

EL OASIS PERDIDO

ALMÁSY, ZERZURA Y LA GUERRA DEL DESIERTO

SAUL KELLY

DESPERTA FERRO EDICIONES

EL OASIS PERDIDO

DESPERTA FERRO
EDICIONES

DESPERTA FERRO
EDICIONES

EL OASIS PERDIDO

ALMÁSY, ZERZURA Y LA GUERRA DEL DESIERTO

SAUL KELLY

DESPERTA FERRO
EDICIONES

El oasis perdido
Kelly, Saul
El oasis perdido / Kelly, Saul [traducción de Javier Romero Muñoz].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018. – 384 p. ; 23,5 cm – (Segunda Guerra Mundial) – 1.ª ed.
D.L: M-34613-2018
ISBN: 978-84-948265-8-0
94(100)"1939/1945" (61) 341.328
(252.33) 625.711.82 910.2

EL OASIS PERDIDO
Saul Kelly

Título original:
The Hunt for Zerzura. The Lost Oasis and the Desert War

© 2002 by Saul Kelly
ISBN: 978-0-7195-6162-7

© de esta edición:
El oasis perdido
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

© de las imágenes:
el autor y el editor desean agradecer el permiso de reproducción a Stephen Bagnold de las imágenes 1, 2, 3, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14; a Peter Clayton de las imágenes 4, 5, 6, 22, 23, 24 y 25 y a la familia Blume de las imágenes 30, 31, 32, 33, 34 y 35.
De las páginas 317-332: Carlo Pecchi.
De las páginas 358-361: [http://www.fjexpeditions.com/frameset/zerzuraclub.htm].

ISBN: 978-84-948265-8-0
D.L.: M-34613-2018

Traducción: Javier Romero Muñoz
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: diciembre 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2018 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Al «joven Rupert»,
el último del Club Zerzura original.

DESPERTA FERRO
EDICIONES

Índice

Prefacio a la edición original IX
Dramatis personae XIII
Mapas XVI
Cronología XIX

1 La búsqueda de Zerzura 1
2 Tragedia en el desierto 29
3 El caballero del desierto 41
4 *On-On Baggers!* 73
5 ¿Un nuevo Fachoda? 95
6 El ejército perdido del rey Cambises 149
7 Los chicos de Bagnold 171
8 Plan El Masri 201
9 Taxis Libios, S. L. 225
10 Operación *Salam* 241
11 Operación *Kondor* 275
12 La caída de Ozymandias 291

Apéndice: imágenes del archivo personal de Carlo Pecchi 321
Acrónimos utilizados en este libro y glosario de palabras árabes 317
Bibliografía 321
Índice analítico 329

DESPERTA FERRO EDICIONES

DESPERTA FERRO
EDICIONES

Prefacio a la edición original

En 1992, Michael Ondaatje ganó el premio Booker por su novela *El paciente inglés*, que fue llevada al cine y galardonada con varios Oscar. Ambientada en el desierto de Egipto la víspera de la Segunda Guerra Mundial, la novela narra la historia del amor fatal entre un arqueólogo, el conde húngaro László Almásy (interpretado en la película por Ralph Fiennes) y una mujer casada, la inglesa Katherine Clifton (Kristin Scott Thomas en la película). La pareja se conoce y se enamora durante una expedición en busca del oasis perdido de Zerzura, en el desierto de Libia. El marido, *sir* Geoffrey Clifton (encarnado por Colin Firth) los descubre y, en un acceso de rabia y celos, estrella su avión cuando viajan juntos, matándose y dejando malherida a su mujer. Almásy la rescata y la lleva a una cueva del oasis de Zerzura (cuyas paredes están ornamentadas con primitivas pinturas de nadadores y animales) y se dispone a cruzar el desierto de Kufra, en la Libia italiana, en busca de ayuda.

Pero el conde no regresó a la cueva hasta tres años después. La guerra se había interpuesto y Almásy no puede retornar a Egipto hasta poco antes de la batalla de El Alamein, cuando, ya al servicio del *Afrika Korps*, guía a los espías de Rommel a través del desierto hasta El Cairo, desde donde deben informar por radiotelégrafo de los movimientos de las tropas británicas. Como libro de claves, utilizarán un ejemplar de la

novela *Rebecca,* de Daphne du Maurier. Aunque los espías de Rommel no tardan en ser capturados por la policía cairota, Almásy escapa al desierto. Logra volver a la cueva de Zerzura, donde descubre el cuerpo sin vida de su amante, conservado en perfectas condiciones por el seco clima del desierto, y traslada el cadáver a un viejo avión, que había enterrado en la arena cerca de la cueva. Pero su plan de llevarla de vuelta a Trípoli, en territorio italiano, fracasa, pues el destartalado aeroplano se estrella y Almásy sufre quemaduras de gravedad.

El resto de la historia narra su lenta y dolorosa agonía, primero en un hospital de El Cairo y después en Italia, en un monasterio abandonado. Una enfermera se apiada de él y le administra morfina, mientras un vengativo exagente de la inteligencia británica, Caravaggio (el cual comparte con Almásy su adicción a las drogas, a causa de las heridas ocasionadas por la Gestapo) trata de descubrir si el «paciente inglés» no es otro que Almásy. Caravaggio considera que, dada su relación con los espías de Rommel, el conde húngaro es el responsable, en última instancia, de las torturas que le inflingió la Gestapo. El filme concluye con la muerte del «paciente inglés», que pasa sus últimos momentos pensando en sus dos amores: Katherine y Heródoto (por los secretos de los viajes por el desierto).

Es un relato dramático que contiene los elementos esenciales: amor, guerra y un paisaje inhóspito. Desde la Segunda Guerra Mundial, ha cautivado la imaginación de escritores y guionistas. Antes de la novela de Ondaatje y de la película ya había inspirado dos *best-sellers*: *La clave está en Rebeca*, de Ken Follett (1980) y *City of Gold*, de Len Deighton (1992). La novela de Follett fue adaptada al cine en 1989, como también lo fue un relato biográfico anterior sobre los espías de Rommel (*The Cat and the Mice*, de Leonard Mosley, publicado en 1958 y llevado a las pantallas de cine como *Foxhole in Cairo*, en 1960). Aunque ficticias en su mayor parte, las novelas y películas sobre el tema de los espías de Rommel en El Cairo en tiempos de guerra se basaban en relatos escritos por los principales protagonistas: Sadat, nacionalista egipcio y más tarde presidente de Egipto (*Revolt in the Nile*, 1957); Eppler, espía alemán (según lo que relató a Leonard Mosley, y según su propia narración, *Rommel Ruft Cairo*, 1960, que sería más tarde traducido como *Operation Kondor*, 1977) y un policía militar británico, el comandante Sansom (*I Spied Spies*, 1965).

Los escritores que vendrían después a tratar este tema –Anthony Cave-Brown, con *Bodyguard of Lies* (1976); David Mure, con *Practise to Deceive* (1977) y *Master of Deception* (1980); Nigel West, con *M.I.6.*

(1983); y Richard Deacon, con *«C»: A Biography of Sir Maurice Oldfield* (1985)– se limitaron, simplemente, a adornar los relatos de los principales protagonistas. La narración alemana más útil, basada en los recuerdos de antiguos oficiales del *Abwehr*, es obra de Paul Carell.* Se trata de *Die Wustenfuchse* (1958) que apareció en inglés como *The Desert Foxes* (1960). El mejor texto británico, basado en archivos de la Oficina de Guerra y del Foreign Office, fue escrito por un antiguo miembro del MI5 en Oriente Medio, H. O. Dovey. Se trata de «Operation Condor», publicado en *Intelligence and National Security* en abril de 1989.

Pero, por más informativos y amenos que sean estos relatos, ficticios y no ficticios, ninguno de ellos explica la verdadera historia: la de la búsqueda, emprendida por Almásy y el resto de exploradores del desierto, del legendario oasis de Zerzura. Una búsqueda que dio lugar a una carrera de rivalidad y espionaje entre las grandes potencias y, en última instancia, a una guerra entre los miembros del propio Club Zerzura, que culminó con la notable historia del envío de los espías de Rommel a El Cairo. Creo poder afirmar, sin sombra de exageración, que es una historia diferente y mucho más espectacular de lo que nos han hecho creer; he conseguido reconstruirla a partir de entrevistas con los supervivientes, así como por medio de fuentes, primarias y secundarias, británicas, alemanas, húngaras y egipcias. En mi labor, he contado con la ayuda de numerosas personas que me facilitaron generosamente su tiempo, sus recuerdos y sus documentos personales. De todos ellos, el más destacado es, sin duda, el último miembro superviviente** del Club Zerzura original, el general de brigada Rupert Harding Newman, a quien respetuosamente dedico este libro. No solo ha respondido a todas mis preguntas sobre sus colegas exploradores, sino que también me ha hecho llegar cartas, mapas, películas y demás parafernalia relacionada con sus expediciones por el desierto. Deseo agradecerle, así como a su mujer, Muriel, su hospitalidad, al más puro estilo de las Highlands, durante mis visitas a su casa de Escocia. Estoy en deuda con Stephen Bagnold, Caroline Birkett, la familia Blume, Peter Clayton, Jean Howard, Edward Mitford, el difunto David Lloyd Owen, Jim Patch y Peter Prendergast, por la información que me han proporcionado acerca de los hechos y de los personajes implicados. Estoy agradecido al personal del Churchill Archives Centre, en Cambridge,

* N. del T.: Seudónimo de Paul Karl Schmidt (1911-1997), propagandista nazi y jefe de prensa del Ministerio de Exteriores de la Alemania nazi. Miembro del partido nazi desde 1931 y de las *Allgemeine-SS* desde 1938.

** N. del T.: Harding Newman murió en 2007, a la edad de noventa y nueve años.

al Imperial War Museum, al Intelligence Corps Museum, a la London Library, a la Public Records Office y a la Royal Geographical Society. Toda mi gratitud para las investigadoras, la doctora Anna Maria Cicolani y Angela Denby, las cuales me hicieron llegar materiales muy valiosos desde Roma y desde Budapest, respectivamente. Desearía dar las gracias a mis amigas Eva Pepper y la doctora Maria-Laura di Tommaso por dedicar su tiempo para estudiar conmigo documentos alemanes e italianos. Richard Heacock; Marion Milne; mi agente, Andrew Lownie; y mi editor, Grant McIntyre forman el cuarteto que me animó a emprender la escritura de mi libro. He disfrutado enormememente de ello, por lo que les doy las gracias por su inspiración y fe. Douglas Matthews ha vuelto a hacerme de nuevo un favor al preparar el índice. También agradezco a mi editora, Anne Boston, y a todo el personal de John Murray por su eficiente y amistosa ayuda. Por último, agradezco mucho a mis padres por el apoyo moral que me han proporcionado, sin el cual no hubiera sido posible redactar este libro.

Saul Kelly
Cambridge, 2001

DESPERTA EDICIONES

Dramatis personae

Conde László Almásy (1895-1951). Húngaro, aventurero, aviador, entusiasta del motor; afirmaba haber encontrado el oasis de Zerzura; oficial de inteligencia húngaro en Egipto durante la década de 1930, oficial del *Abwehr*, 1940-1945; rescatado de la Hungría bajo ocupación soviética por el MI6, en 1947; nombrado responsable del Instituto del Desierto egipcio poco antes de su muerte.

Comandante (más tarde general de brigada) Ralph Bagnold (1896-1990). Británico, oficial del Royal Engineers/Signals Corps (Real Cuerpo de Ingenieros/Transmisiones); organizador de expediciones al desierto de Libia en la década de 1930; fundador y primer comandante del LRDG (Long Range Desert Group [Grupo del Desierto de Largo Alcance]), la unidad de fuerzas especiales de élite que operó en Oriente Medio durante la Segunda Guerra Mundial. Científico de renombre mundial en el campo de la física de la arena (asesoró a la NASA sobre una sonda enviada a Marte).

Pat Clayton (1896-1962). Británico, topografió vastas extensiones del desierto libio para el *Desert Survey* egipcio durante la década de 1930; rescató refugiados senusis de la persecución de las tropas italianas en 1931; comandó el LRDG en su primera incursión bélica, Murzuk 1941, pero fue capturado durante el fracasado ataque sobre Kufra; prisionero de guerra en Italia y en Alemania, 1941-1945.

***Sir* Robert y *lady* Dorothy Clayton-East-Clayton (1908-1932 y 1908-1933).** Jóvenes aventureros británicos, aviadores; *sir* Robert murió siete meses después de contraer matrimonio mientras participaban en la búsqueda de Zerzura; ella continuó la búsqueda al año siguiente, pero murió a su regreso a Inglaterra en un accidente aéreo.

John Eppler, también llamado Hussein Gaafar (1914-1999). Hijo ilegítimo de una mujer alemana que más tarde se casaría con un egipcio llamado Gaafar; criado en Alemania y en Egipto; exploró el desierto junto con Almásy durante la década de 1930; reclutado por el *Abwehr* en 1941 para la Operación *Kondor*; enviado a El Cairo en 1942.

Barón Von der Esch (1899-1976). Sirvió en el Ejército alemán, 1914-1918; sobrino del general Von Schleicher (asesinado por los nazis); agente del *Abwehr* que cartografió desiertos egipcios junto con Almásy en la década de 1930; más tarde serviría con la sección de inteligencia del *Panzerarmee Afrika*, 1941-1942.

Rupert Harding Newman (1908-2007). Británico; RTR (Royal Tank Regiment [Real Cuerpo de Tanques]); organizó el transporte de las expediciones del desierto libio y del LRDG; último miembro superviviente del Club Zerzura.

Bill Kennedy Shaw (1897-1979). Británico; comenzó a explorar el desierto libio en la década de 1920, mientras trabajaba para el servicio político de Sudán; oficial de inteligencia y más tarde historiador oficial del LRDG.

Comandante Lorenzini (1890-1941). Italiano; oficial de la Compagnie Auto-Avio-Sahariane (Compañía Auto-Sahariana); participó en la conquista de Kufra; conocido como «el león del Sáhara»; hizo que Bagnold se diera cuenta de la amenaza italiana contra la presa de Asuán y Wadi Halfa, en el Nilo; muerto en la batalla de Keren, Eritrea.

***Sir* Douglas Newbold (1894-1944).** Británico; exploró el desierto libio en la década de 1920 y principios de la de 1930 mientras formaba parte del servicio político sudanés; secretario civil del Gobierno sudanés durante la guerra en el desierto; ayudó a Bagnold a contactar con los Franceses Libres de Chad.

***Squadron leader* Penderel (1890-1943).** Británico; aviador, 216.º Escuadrón de la RAF (Royal Air Force [Real Fuerza Aérea]), que llevaba volando sobre el desierto de Libia desde la Primera Guerra Mundial; transportó suministros (neumáticos y cerveza, entre otros) a los exploradores de Zerzura en el desierto; murió volando sobre Inglaterra.

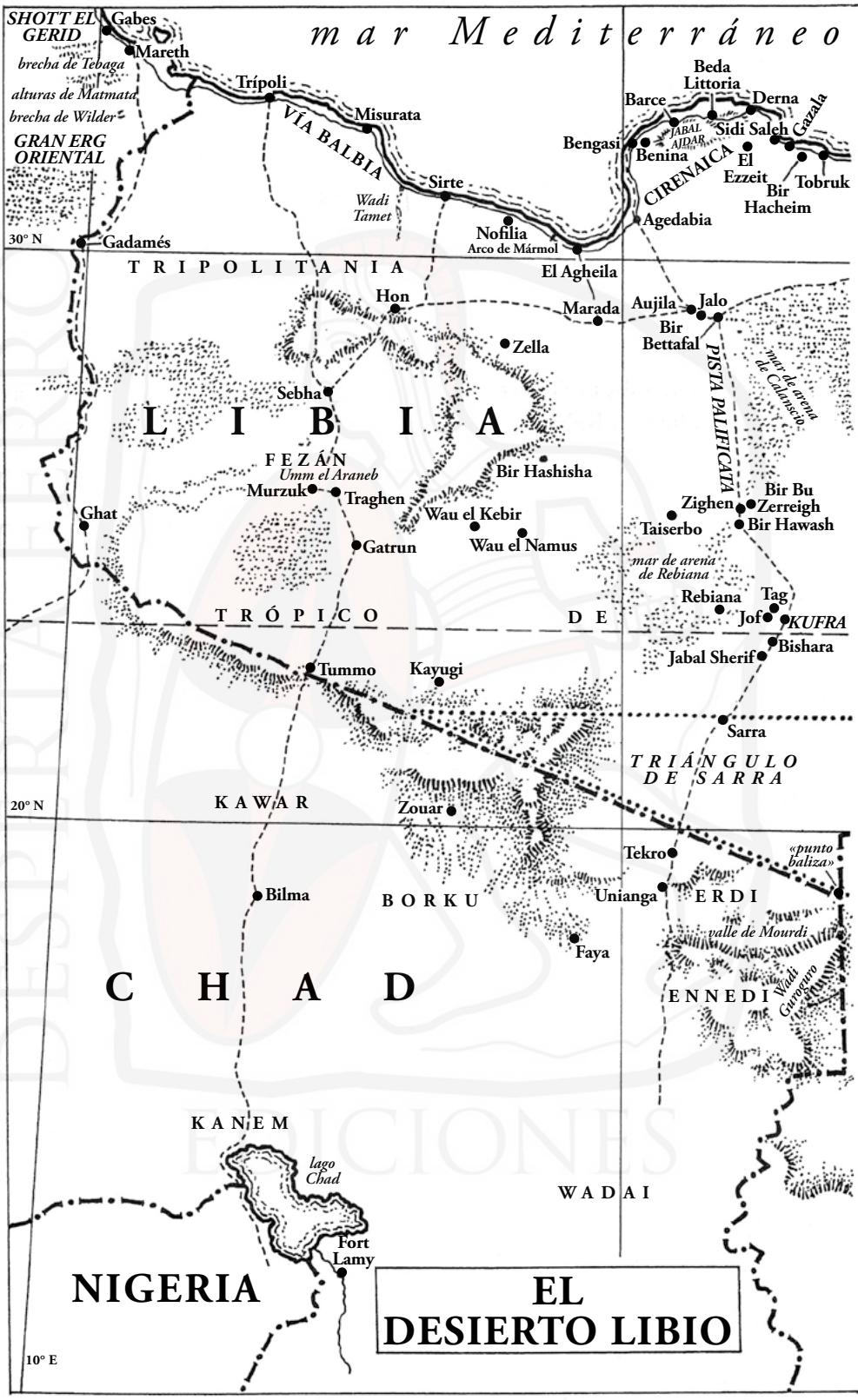
Guy Prendergast (1905-1986). Británico, aviador y soldado; gran experiencia en los desiertos de Oriente Medio; SDF (Sudan Defence Force [Fuerza de Defensa de Sudán]); comandante del LRDG, 1941-1943.

Comandante Rolle (1893-1958). Oficial italiano de la Compañía Auto-Sahariana; dirigió patrullas secretas por el interior de Egipto y Sudán a comienzos de la década de 1930.

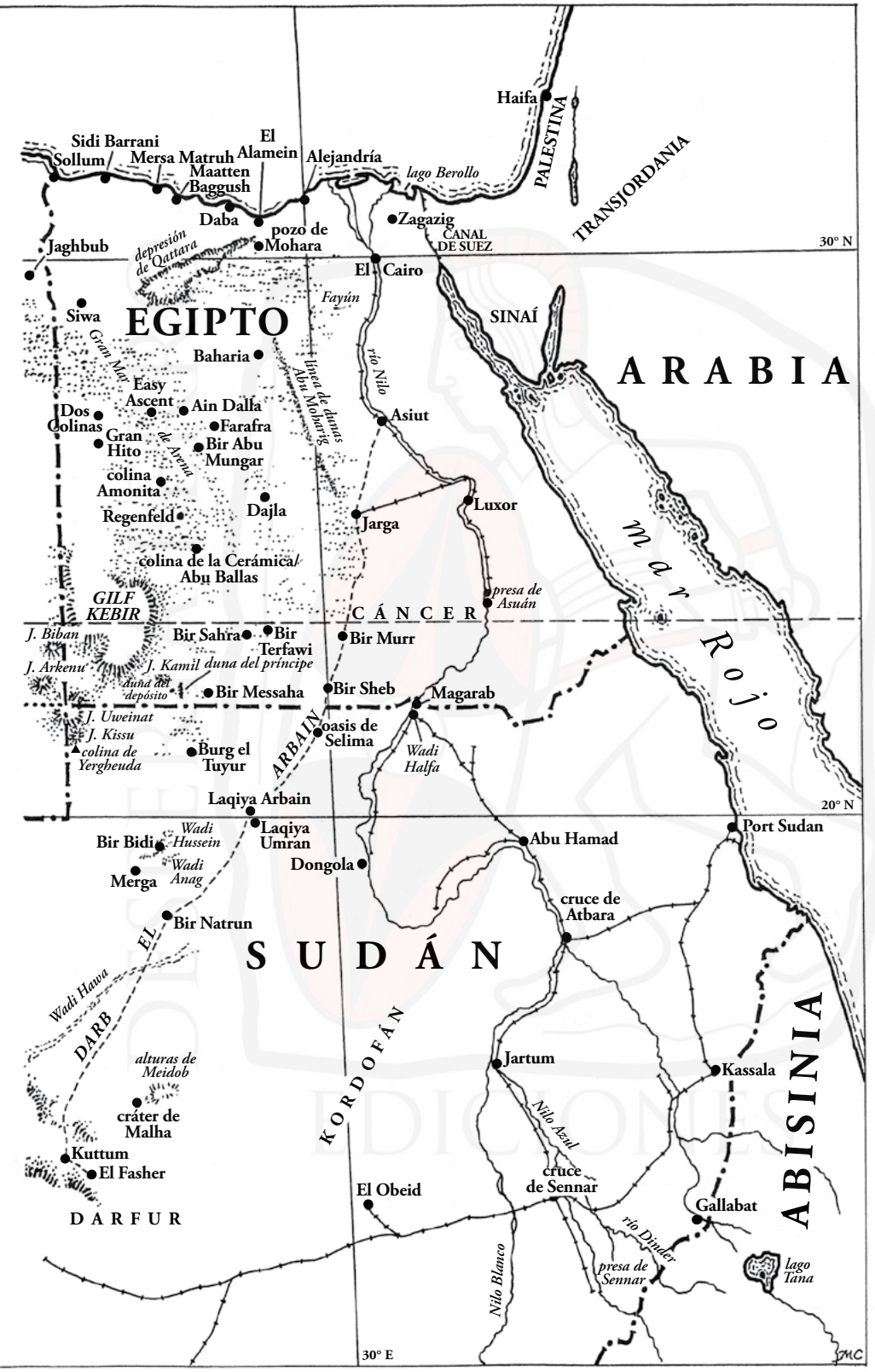
Peter Sandstette, también conocido como Peter Muncaster (1913-). Nacido y criado en Alemania; emigró a África en la década de 1930; internado en Tanganica en 1939, repatriado a Alemania en 1940; reclutado por el *Abwehr* en 1941 para la Operación *Kondor* en El Cairo en 1942.

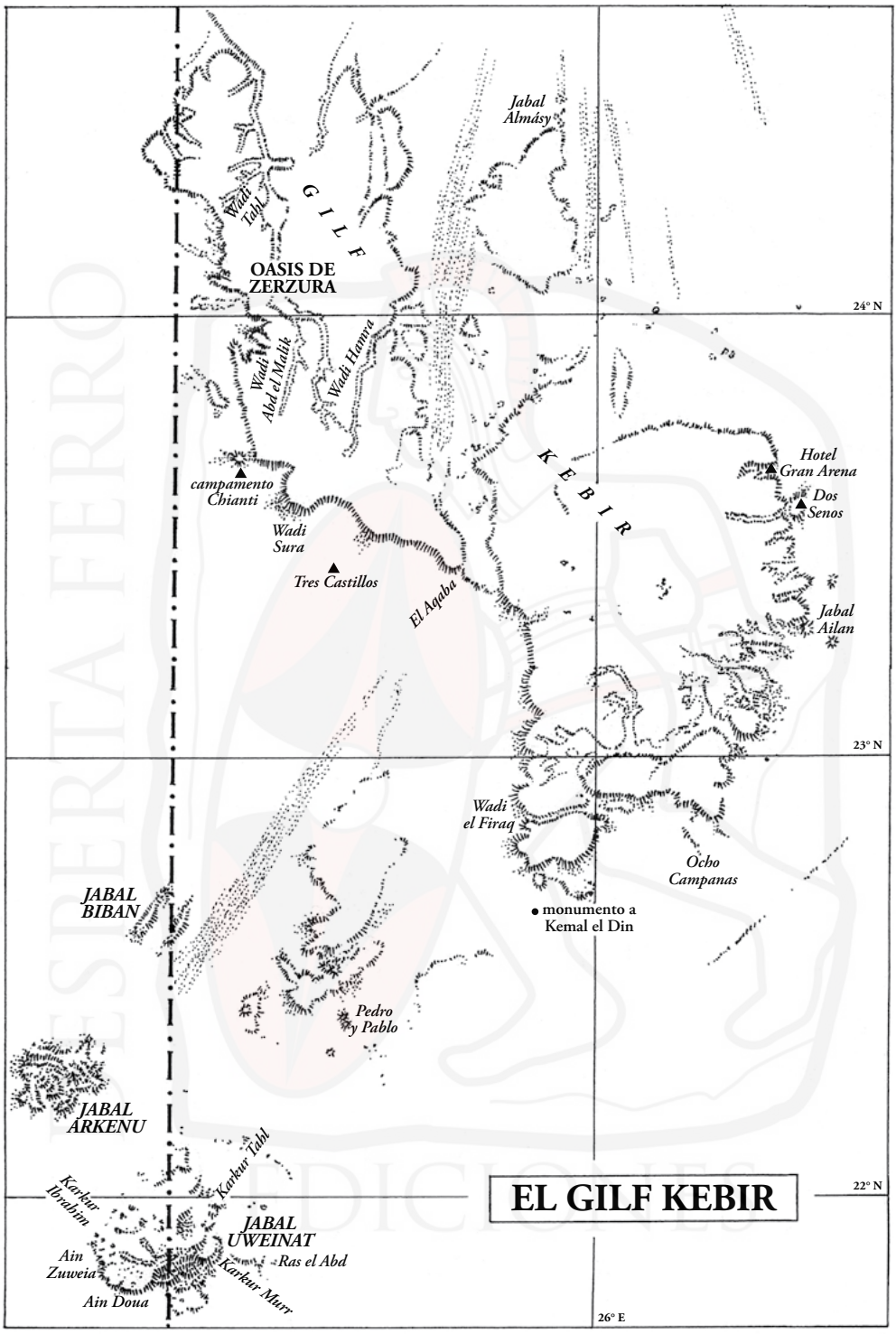
Orde Wingate (1903-1944). Británico; aventurero y soldado; dedicó su tiempo libre a la búsqueda de Zerzura; propuso basar una fuerza de largo radio de acción en las montañas del Tibesti, en la frontera entre Libia y Chad, en 1940; comandó fuerzas irregulares en Abisinia, 1940-1941 y en Birmania en 1944; muerto en accidente aéreo.

DESTINO EDICIONES



EL DESIERTO LIBIO


Haifa
PALESTINA
TRANSJORDANIA
Sidi Barrani
Sollum
Mersa Matruh
El Alamein
Alejandría
Maatten Baggush
lago Berollo
Daba
pozo de Mohara
Zagazig
CANAL DE SUEZ
30° N
Jaghbub
depresión de Qattara
El Cairo
Fayún
Siwa
EGIPTO
SINAÍ
Gran Mar de Arena
Baharia
línea de dunas Abu Moharig
río Nilo
ARABIA
Easy Ascent
Ain Dalla
Dos Colinas
Farafra
Gran Hito
Bir Abu Mungar
colina Amonita
Asiut
Dajla
Regenfeld
Jarga
Luxor
colina de la Cerámica/ Abu Ballas
mar Rojo
presa de Asuán
GILF KEBIR
CÁNCER
J. Biban
Bir Sahra
Bir Terfawi
Bir Murr
J. Arkenu
J. Kamil
duna del príncipe
duna del depósito
Bir Messaha
Bir Sheb
Magarab
J. Uweinat
J. Kissu
colina de Yergheuda
Burg el Tuyur
ARBAIN
oasis de Selima
Wadi Halfa
Laqiya Arbain
20° N
Laqiya Umran
Port Sudan
Bir Bidi
Wadi Hussein
Abu Hamad
Dongola
Merga
Wadi Anag
cruce de Atbara
Bir Natrun
EL DARB
SUDÁN
Wadi Hawa
KORDOFÁN
alturas de Meidob
Jartum
Kassala
cráter de Malha
Nilo Azul
Kuttum
El Fasher
cruce de Sennar
El Obeid
Gallabat
ABISINIA
DARFUR
río Dinder
presa de Sennar
lago Tana
Nilo Blanco
30° E


EL GILF KEBIR
Jabal Almásy
GILF
Wadi Tahl
OASIS DE ZERZURA
24° N
Wadi Abd el Malik
Wadi Hamra
KEBIR
Hotel Gran Arena
Dos Senos
campamento Chianti
Wadi Sura
Tres Castillos
El Aqaba
Jabal Ailan
23° N
Wadi el Firaq
Ocho Campanas
monumento a Kemal el Din
JABAL BIBAN
Pedro y Pablo
JABAL ARKENU
Karkur Tahl
Karkur Ibrahim
22° N
JABAL UWEINAT
Ras el Abd
Ain Zuweia
Karkur Murr
Ain Doua
26° E

Cronología

1930 Fundación del Club Zerzura en un bar griego de Wadi Halfa.

1931 Italia conquista Kufra y pone fin a la resistencia Libia. Pat Clayton rescata numerosos refugiados.

1932 Primera expedición de Almásy al Gilf Kebir; avista desde el aire Wadi Abd el Melik, uno de los tres *wadis* del oasis de Zerzura.
Fallece *sir* Robert Clayton-East-Clayton.
La expedición científico-cartográfica de Bagnold se encuentra con el Ejército y la fuerza aérea italiana en territorio en disputa en Uweinat y el pozo de Sarra.
Unidades del Ejército y fuerza aérea italianas llevan a cabo reconocimientos aéreos y terrestres secretos del Gilf Kebir, en el lado egipcio de la frontera libio-egipcia.

1933 Pat Clayton completa el primer cruce este-oeste del mar de arena egipcio y explora Wadi Abd el Melik.
Lady Dorothy Clayton-East-Clayton encuentra Wadi Hamra, segundo *wadi* del oasis de Zerzura. A su regreso a Inglaterra, muere en un accidente de aviación.
Segunda expedición de Almásy al Gilf Kebir; descubre Wadi Talh, el último de los tres *wadis* del oasis de Zerzura;

pasa información secreta a los italianos sobre rutas y pozos de agua para llegar al Nilo.
El Foreign Office británico rechaza la reivindicación italiana del noroeste de Sudán, desde donde podrían lanzar un ataque sobre las infraestructuras de regadío de Asuán.

1934 El Gobierno británico ordena a la RAF y a la Fuerza de Defensa de Sudán que ocupen los pozos de Karkur Murr y Merga para impedir cualquier avance italiano al interior de Sudán.
Tercera expedición de Almásy al Gilf Kebir. Exploración de los tres *wadis* de Zerzura. Le acompaña el barón Von der Esch, que explora Gebel el Biban.
Gran Bretaña acepta que Italia reciba el pozo de Ain Doua, la fuente de agua más accesible en el Jabal Uweinat, a corta distancia de la presa de Asuán.

1935 Von der Esch explora yacimientos arqueológicos cerca de la presa de Asuán y de Wadi Halfa, mientras que Almásy sondea Wadi Hawar, la ruta más directa a la base británica de El Fasher, en el noroeste de Sudán.
En El Fasher tiene lugar la famosa cena de Almásy con sus compañeros del Club Zerzura, Kennedy Shaw y Harding Newman. Estos exploran Wadi Hawar y cruzan el mar de arena egipcio hasta llegar a Siwa y el Mediterráneo.
Almásy y Von der Esch buscan el ejército perdido del rey Cambises en el mar de arena y recopilan información topográfica que sería empleada después por las fuerzas armadas italianas y germanas.
Mussolini aprueba un ataque sobre Sudán, pero no sobre Egipto, en caso de guerra con Gran Bretaña.

1936 Formación del Eje. Apoyo de Hitler al sueño mussoliniano de crear un nuevo Imperio romano en el Mediterráneo, África y Oriente Medio.

1937 Mussolini visita Libia y es proclamado «Protector del Islam». Se le hace entrega de la «Espada del Islam».
Egipto rechaza la firma de un pacto de no agresión con Italia.

Almásy entrena a pilotos egipcios y vende aviones húngaros, dentro de un plan general de penetración de Egipto por parte del Eje.
Almásy explora el Gilf Kebir desde el aire.

1938 Bagnold explora el Gilf Kebir por tierra.

1939 Almásy explora las rutas áereas e instalaciones británicas en Sudán, Uganda y Tanganica.
Tras el estallido de la guerra entre Alemania y Gran Bretaña, Von der Esch y Almásy retornan a Europa.

1940 Italia declara la guerra a Gran Bretaña y Francia. Amenaza Chad y las comunicaciones y esclusas del Nilo.
Wawell aprueba la propuesta de Bagnold para la formación del LRDG (Long Range Desert Group [Grupo del Desierto de Largo Alcance]) para avisar de posibles avances italianos. Primeros éxitos de las patrullas del LRDG y expansión de la unidad.

1941 El LRDG ataca la base militar italiana de Murzuk, en el sudoeste de Libia. Clayton es capturado. Los Franceses Libres toman Kufra.
Prendergast sucede a Bagnold en el mando del LRDG.
Rommel y el *Afrika Korps* acuden en ayuda de los italianos en Libia. Los oficiales del *Abwehr* Ritter, Almásy y Von der Esch tratan de introducir agentes en Egipto por el aire y de lograr la huida del general nacionalista egipcio Aziz el Masri.
El LRDG se traslada a Jalo desde donde, en cooperación con el SAS (Special Air Service [Servicio Aéreo Especial]), lanzan incursiones contra pistas de aterrizaje a lo largo de la carretera costera a Trípoli.

1942 La contraofensiva de Rommel obliga al LRDG a retirarse a Siwa. El general Auchinleck y Cecil Beaton visitan Siwa.
El LRDG guía a David Stirling y a Randolph Churchill en una incursión fracasada sobre Bengasi.
Épica expedición de Almásy a través del desierto: Operación Salam.

	Espías de Rommel en El Cairo: Operación *Kondor*. Almásy visita a Clayton en el campo de prisioneros en Italia y le transmite información acerca de la Operación Salam y el Proyecto Dora.
1943	Almásy participa en las operaciones del *Abwehr* en Turquía.
1944	Almásy colabora con la Operación *Ettappenhase*. Stirling y Clayton continuan la cooperación entre el LRDG y el SAS en un campo de prisioneros en Alemania.
1945	El fin de la guerra en Europa significa la liberación de Clayton y el arresto de Almásy.
1947	El MI6 libera a Almásy y le saca de forma clandestina de Hungría, desde donde llega a Italia y de ahí a Egipto.
1947-1951	Almásy visita el oasis de Zerzura y busca el ejército perdido del rey Cambises.
1951	Almásy contrae disentería amebiana y muere en Salzburgo. Clayton retorna a Murzuk.
1952	Los nacionalistas egipcios se hacen con el poder. Gran Bretaña abandona Egipto. Los restantes miembros del Club Zerzura van desapareciendo.

DESPERTA FERRO EDICIONES

1

La búsqueda de Zerzura

El 8 de abril de 1935, el *Daily Mail* publicó el siguiente anuncio: «El rey ha aprobado la concesión de la medalla de fundador de la Royal Geographical Society al comandante R. A. Bagnold, jefe de la expedición de 1929-1930 en busca del "oasis perdido" de Zerzura, en el sur del desierto de Libia».[1] El *Daily Telegraph*, que, como hizo el resto de diarios londinenses, provinciales y coloniales, también publicó el anuncio, añadió que Bagnold había recibido la Medalla de Oro de la Royal Geographical Society, el más alto honor para un explorador, por sus «diversos viajes por el desierto de Libia». El más importante de esos viajes había tenido lugar durante el otoño de 1932. «En el transcurso de más de 8000 kilómetros, la expedición, que viajaba en cuatro coches, recorrió nuevos territorios, sin poder utilizar huellas anteriores para guiarse […] Se halló una extensa área cubierta de herramientas primitivas y piedras para moler grano. También encontraron pinturas rupestres de jirafas y otros animales».[2] Pero, tal y como remarcó el *News Chronicle* al reseñar *Libyan Sands*, el libro en el que Bagnold relataba sus diversas expediciones, «nunca halló el oasis perdido de Zerzura. Incluso pone en duda su existencia. Aunque, por otro lado, existen pruebas de que sí existe […] Vastas extensiones del imponente mar de arena no han sido nunca contempladas por ojos humanos. ¡He aquí una oportunidad para el joven aventurero!».[3]

Este llamamiento a la aventura, a la exploración de uno de los últimos lugares por descubrir del planeta, ejercía, a mediados de la década de 1930, un considerable atractivo sobre el público británico, pues suponía una distracción de la deprimente realidad de la vida cotidiana: escasez y desempleo en Gran Bretaña a causa de la Gran Depresión e inseguridad en el extranjero provocada por los grandes dictadores. Desde la década de 1920, Bagnold y sus colegas exploradores habían debatido, en las doctas páginas del *Geographical Journal* de la Royal Geographical Society, la existencia y la posible localización del «oasis perdido» de Zerzura. Las únicas pistas con las que contaban para guiarse en su búsqueda eran antiguos textos árabes y de la Grecia clásica, además de la tradición local y los testimonios de los nativos que habían recopilado en sus viajes. En pocas palabras: se habían convertido en detectives del desierto. Pero el desierto en el que tenían que llevar a cabo sus indagaciones era uno de los más temibles del mundo.

El antiguo historiador griego Heródoto fue uno de los primeros en referir, hacia 450 a. C., la inhóspita vastedad del desierto libio: «[…] la parte interior más allá de la costa y de los pueblos de que está sembrada es madre y región de fieras propiamente, a la cual sigue un arenal del todo árido, sin agua y sin viviente que lo habite».[4] Este desierto sin vida, el más extenso sobre la Tierra, se extiende desde las orillas del Nilo hacia el oeste a lo largo de 1200 kilómetros y en dirección sur por la misma distancia desde la costa del Mediterráneo. El desierto de Libia tiene, aproximadamente, la misma forma y tamaño que el subcontinente indio. En esta inmensa región, las lluvias son muy infrecuentes y la superficie es demasiado estéril como para que pueda crecer vegetación que permita sostener vida animal o humana. El sol brilla la mayor parte de los días, ardientemente caluroso en verano, pero apenas templado con los vientos del invierno. Las temperaturas invernales pueden ser bajo cero y de 50 ºC a la sombra las estivales. Un antiguo proverbio árabe dice: «Cuando Dios creó Sudán, se echó a reír». Millones de años de temperaturas extremas han quebrado y triturado los depósitos de rocas calizas y arenisca. El viento ha barrido los restos para dejar un paisaje extraño, desolado, lunar, con imponentes mesetas de rocas melladas que se alzan sobre inacabables planicies de pedregales pardos. Se han formado grandes sistemas arenosos, de largas vetas que cubren amplias porciones del territorio, el mayor de los cuales es el Gran Mar de Arena. Dispersas a intervalos irregulares, con frecuencia de varios centenares de kilómetros, se hallan las depresiones de los oasis, por lo general rodeadas de acantilados y lo bastante profundas como para acceder a la cuenca artesiana, la única fuente de

agua permanente en este territorio. La mayoría de oasis son pequeños –poco más de un kilómetro cuadrado, o menos, de vegetación– y carece de presencia humana. Pero permiten la vida a unos cuantos animales: zorros y jerbos o ratas del desierto, varios lagartos y alguna que otra serpiente. En los inmensos espacios que separan los diminutos oasis no hay vida en absoluto y nada, excepto las dunas, se mueve.

El desierto de Libia es como un gran mar y, de hecho, la historia de su exploración recuerda a la de los descubrimientos maritímos. Los primeros tanteos de las expediciones, llevados a cabo por comerciantes, tuvieron lugar a lo largo de sus extremos y dieron lugar a que el desierto fuera atravesado por exploradores, deseosos por determinar lo que había de cierto tras las leyendas. Hasta la conquista persa del siglo VI a. C., los antiguos egipcios no tuvieron contacto con los oasis de Dajla y Jarga, pues creían que estos eran la morada de las almas de los muertos y que el desierto libio era otro mundo en el que reinaba Osiris. Los fenicios, los griegos y los cartagineses lucharon por el control de la ruta comercial que seguía la estrecha franja costera entre el extremo del desierto libio y el Mediterráneo y se dice que, tanto Alejandro Magno como Aníbal consultaron el Oráculo de Júpiter Amón, en el oasis de Siwa. Pero ninguno de ellos holló el desierto libio, donde los griegos creían que moraba la Medusa Gorgona, cuya mirada petrificaba a los hombres. Los romanos, aunque abrieron rutas de comercio hacia el interior, a lo largo del Nilo y a través del Sáhara central, no tenían la menor idea de lo que había entre una y otra ruta. El desierto libio se mantuvo como un lugar de misterios y leyendas incluso para los árabes, con sus camellos y su experiencia en travesías por el desierto. Durante los doce siglos que siguieron a su conquista del norte de África, en el siglo VII, los árabes confinaron sus actividades comerciales a las regiones limítrofes del gran desierto, donde establecieron sultanatos al sur y al oeste. No obstante, sí que abrieron una nueva ruta comercial, a través del extremo sudeste del desierto, desde El Fasher, en Darfur a Asiut, en el Nilo. Se trata de la tristemente famosa Darb el Arbain, la «ruta de los cuarenta días», recorrida por los mercaderes árabes y sus caravanas, cuyas mercancías incluían esclavos negros de Sudán. La antigua ruta recorría más de 2200 kilómetros de desierto inmisericorde, con largos tramos entre pozos, y todavía puede recorrerse gracias a las profundas y ondulantes muescas dejadas por incontables pezuñas de camello sobre la dura *serir* (planicie) y por los huesos, triturados y blanqueados, de camellos y humanos que han perecido por el camino.

No sería hasta el siglo XIX cuando los zwaya, una tribu de beduinos árabes de Cirenaica (seguidores de la *tariqa*, o camino, del líder espiritual

sufí Sayyid Muhammad ibn Ali as-Senussi, también conocido como el Gran Senussi), penetraron en el desierto desconocido para abrir una nueva ruta comercial que llegó hasta el oasis de Kufra, el reducto fortificado del esquivo pueblo tubu, de piel oscura. Los zwaya se establecieron entre los tubu y aprendieron de ellos a organizar caravanas de camellos que podían recorrer el desierto durante un máximo de dieciséis días, sin agua ni pastos. Esto permitió a los zwaya superar los 580 kilómetros de desierto sin agua que separaban Kufra y Tekro y las tierras altas de los Tibesti, Erdi y Ennedi, así como abrir una ruta directa con Wadai y Borku, los poderosos sultanatos situados mucho más hacia el sudoeste. La sangrienta revuelta del Mahdi y su califa Abdullah de finales del siglo XIX, que forzó el cierre de las rutas del Nilo y de Arbain, provocó un enorme aumento del comercio por la vía de Kufra. El desarrollo de la ruta comercial Kufra-Wadai proporcionó a los zwaya cierto conocimiento de la mitad occidental del desierto libio, pero ignoraban qué había hacia el este, en la vasta franja de 650 kilómetros de anchura por 1200 de longitud que se extendía desde Darb el Arbain, al sur, hasta los oasis egipcios de Dajla y Farafra, en el norte, y que aislaba a Kufra de Egipto. Y los primitivos y menospreciados tubu, que eran los únicos que sabían dónde hallar agua y pastos en esta región inexplorada e ignorada, no revelarían su secreto.

El primer intento serio de descubrir lo que había en esa región ignota fue llevado a cabo por el aventurero alemán Gerhard Rohlfs. Antiguo soldado de la Legión Extranjera francesa, había sido el primer europeo en cruzar África, desde el Mediterráneo al golfo de Guinea, gesta que le valió recibir la medalla de fundador de la Royal Geographical Society. Durante la Guerra Franco-Prusiana, el Ministerio de Exteriores prusiano le envió al norte de África para provocar un levantamiento de las tribus del sur de Argelia contra los franceses. Sin embargo, Rohlfs y su acompañante, un profesor alemán de árabe, no pudieron pasar de Túnez, donde, por mandato de los franceses, fueron arrestados y deportados por el bey. Rohlfs, un entusiasta nacionalista alemán, consideraba a los árabes musulmanes del norte de África como «el más abominable de todos los pueblos» e hizo un llamamiento para que Alemania colonizase Cirenaica (Libia oriental). Más tarde, daría apoyo al establecimiento de una colonia sionista.[5] Aunque el Ministerio de Exteriores alemán rechazó las peticiones de Rohlfs, presionó con éxito al jedive de Egipto, Ismail, para que proporcionase financiación, transporte y personal local a una gran expedición que, al mando de Rohlfs, exploraría el desierto libio.

La marcha de Rohlfs partió hacia el oeste desde el oasis de Dajla el 5 de febrero de 1874, trató de alcanzar Kufra, que nunca antes había

sido visitada por un europeo. No tardó en hallar una cadena tras otra de enormes dunas de arena que se extendían rectas y en paralelo del noroeste al sudeste, aproximadamente. Tras atravesar a duras penas algunas de estas líneas de arena, Rohlfs decidió que no podían continuar. Al verse rodeado por las paredes de aquellos imponentes cañones de arena, Rohlfs comprendió que debía dirigirse al noroeste y llegar a Siwa, el oasis de Júpiter Amón, antes de que sus camellos, y los alemanes y egipcios que lo acompañaban, murieran de sed. Durante su recorrido en dirección norte, a lo largo de líneas paralelas de dunas, Rohlfs quedó sobrecogido por la absoluta desolación del paisaje.

Después de proporcionar agua de vez en cuando a bestias y hombres de los tanques de hierro que portaba la expedición, y tras dar gracias por la lluvia que cayó en Regelfeld, Rohlfs consiguió llegar a Siwa, treinta y seis días después de haber partido de Dajla. Había cubierto 675 kilómetros entre un pozo y otro, una hazaña que nunca antes se había logrado, aunque, a juzgar por el tono empleado por el diario que narró su intento de atravesar el desierto libio, nadie lo hubiera dicho, pues su descripción se asemejaba más a un placentero paseo por la campiña alemana.

Aunque Rohlfs había fracasado en su intento de cruzar en camello el Gran Mar de Arena, cinco años más tarde conseguiría llegar a Kufra por otra vía. La expedición de Rohlfs, que gozaba de apoyo oficial, salió de Trípoli, el punto de partida tradicional para los exploradores alemanes en África, en diciembre de 1878. Pero en Aujila, Cirenaica, se toparon con los retrasos y amenazas de los extremadamente antieuropeos jeques de la tribu zwaya, los bandidos del desierto, los cuales temían perder su monopolio de la ruta caravanera con Wadai (Rohlfs portaba presentes del emperador de Alemania para el sultán de Wadai). Fue necesario que sus amos otomanos en Bengasi los encarcelaran por un tiempo breve y luego tomaran rehenes que aseguraran su buen comportamiento para que los jeques zwaya aceptaran, a regañadientes, proporcionar guías para el viaje de ida de la expedición de Rohlfs.

De este modo, los alemanes lograron al fin superar los 440 kilómetros de desierto sin agua entre Jalo y Kufra en tiempo récord, cinco días, para lo cual evitaron las terroríficas dunas «rompeolas» del mar de arena de Calanscio. No obstante, a su llegada a Kufra, Rohlfs y sus compañeros fueron atacados por hombres de la tribu zwaya, los cuales, tras robarles todo su dinero y equipo, tenían intención de matarlos. A los alemanes les salvó la llegada de un mensajero del cuartel de los sanusi en Jaghbub, Cirenaica, al otro lado de la frontera de Siwa. Este persuadió a los

jeques zwaya de que permitieran a Rohlfs y a sus acompañantes regresar indemnes a Bengasi, para así evitar represalias turcas. La apresurada salida de Kufra de Rohlfs, así como la destrucción de todas sus notas y equipo científico, hizo que solo pudiera proporcionar una somera descripción por escrito del oasis. Aun habrían de pasar cuarenta años más para que los exploradores volvieran a afrontar la hostilidad de los zwaya y aventurarse hacia el sur en dirección a Kufra, la única fuente de agua conocida en la parte central del desierto de Libia.

Mientras tanto, los franceses habían conquistado el Chad y, en torno a 1918, habían ocupado las montañas de Tibesti, Erdi y Ennedi, al sudoeste de Kufra. Los italianos, después de haber invadido el país en 1911, seguían todavía confinados en la región costera de Libia, a causa de su incapacidad de superar la resistencia de las tribus del interior. En el este de Libia, una frágil paz auspiciada por los británicos reinaba entre el gobernador italiano en Bengasi, senador Di Martino, y el jefe de la hermandad sanusi, Sayyid Idris el Senusi, que administraba los oasis de Jalo, Aujila, Agedabia y Kufra. En este delicado escenario político, entran en escena dos aspirantes a exploradores: el funcionario egipcio Ahmed Hassanein Bey y una escritora de viajes británica, la señora Rosita Forbes. Aparte de compartir su pasión por ver Kufra, y de tener unos treinta años de edad, ninguno de los dos tenía nada en común, como demostrarían sus travesías y penalidades.

Hassanein Bey, formado en Balliol* y experto esgrimista (en 1924 compitió en los Juegos Olímpicos de París), era miembro de la clase dirigente turca en Egipto (los británicos le nombraron caballero y llegó a ser jefe de la casa del rey Faruk). Durante el tiempo compartido con la misión británica ante los senusis, durante la Primera Guerra Mundial, Hassanein y su viejo amigo de Balliol, Francis Rodd (hijo del embajador británico en Italia, *sir* Rennell Rodd) concibieron la idea de viajar a Kufra, para lo cual se aseguraron el apoyo de Sayyid Idris. Rodd, no obstante, acabaría por abandonar el proyecto y fue reemplazado por Rosita Forbes, hija de un terrateniente de Lincolnshire e intrépida amazona, que, para consolarse por el fracaso de su primer matrimonio con un coronel gruñón y adúltero, había marchado a Oriente en busca de aventuras y romances. Su contemporánea, la exploradora y arabista Gertrude Bell, escribió acerca

* N. del T.: Uno de los *colleges* de la Universidad de Oxford.

de ella que «en lo que respecta a darse autobombo, es única […]». Desde luego, las afirmaciones que hace Forbes en sus diversos libros, según las cuales defendió las causas del rey Faisal de Siria (más tarde de Irak) y de Sayyid Idris en Cirenaica, deben ser tomadas con suma prudencia.[6] Forbes se atribuye todo el mérito por la planificación, financiación y preparación de su viaje a Kufra en 1920-1921 (en el que se hizo pasar por «Jadija» la recién enviudada hija de un comerciante Egipto y esclava circasiana del harén del bey de Túnez) y atribuye «al joven egipcio» Hassanein Bey un papel secundario, el de útil asistente,[7] cuando la verdad es que fueron los contactos italianos de este, por medio de los Rodd, y con Sayyid Idris los que permitieron que Rosita Forbes pudiera ir a Kufra. De hecho, viajaron con una escolta senusi. Su lamentable manejo de la brújula, combinado con la falta de estudio de la ruta de Rohlfs, hizo que la expedición sufriera importantes problemas, pues pasaron de largo de los pozos de Taiserbo y Zighen, al norte de Kufra, y estuvieron a punto de morir de sed. Y fue solo el rápido ingenio de Hassanein Bey, sus «palabras de fuego», dado que el árabe de Jadija era como mínimo torpe, lo que les salvó de ser asesinados en varias ocasiones por miembros de la tribu zwaya que desconfiaban de ellos.[8]

Aun así, lograron llegar a Kufra, que se extendía en un valle situado bajo acantilados, con vetas radiantes, pizarras y areniscas, que se elevaban de un suelo de arenas de tonos rosados y rojos. Entre los tres lagos, de un intenso color azul, había palmerales y un salar cuya blancura cegaba. En la cima del acantilado se alzaba el Taj, el *zawia* o cuartel general de la hermandad senusi desde finales del siglo XIX. Fue allí donde, por orden de Sayyid Idris, Jadija y Hassanein Bey residieron durante diez días con los *ijwan* (hermanos). A Jadija se le permitió peregrinar a la tumba de Sayyid el Mahdi, padre de Sayyid Idris. Pero cuando Hassanein Bey y ella se aventuraron a descender al valle y visitar el mercado de Jof, donde se vendían esclavos tubu y arribaban las caravanas desde Wadai y el Tibesti, recibieron amenazas de la tribu zwaya. La pareja emprendió el regreso, no sin que los *ijwan* senusis les advirtieran de que no retornaran por el camino por el que habían venido, con el fin de evitar posibles emboscadas. Con ayuda de un viejo guía sanusi, siguieron una ruta poco transitada, de doce días y 350 kilómetros, que atravesaba el desierto sin agua hasta Jaghbub. Tras descansar tres días en el *zawia* senusi, partieron hacia Siwa, pero tuvieron dificultades, pues los camellos estaban exhaustos; Hassanein Bey cayó del suyo y se rompió la clavícula. Fueron rescatados por una patrulla del Camel Corps (Cuerpo de Camelleros) que había partido de Siwa en su busca, después de que la Administración de Distritos de

Frontera de Egipto fuera alertada por lord Allenby en El Cairo y por el senador Di Martino en Bengasi de su presencia en el desierto libio.

Mientras Hassanein Bey se recuperaba en la cama con discreción, Rosita Forbes se convirtió en la heroína de El Cairo. Al tiempo que era agasajada en la Residencia británica, perseguida por periodistas y agentes editoriales y escoltada, en la ciudad y en el desierto, por sus numerosos admiradores (entre los que se contaba el coronel De Lancey Forth, comandante del Cuerpo de Camelleros), Forbes tuvo tiempo para escribir su historia y vendérsela a Cassell en Gran Bretaña y a Doubleday Doran en Estados Unidos. *The Sunday Times* publicó por entregas su libro, *The Secret of the Sahara-Kufara*, publicado exactamente un mes después de su retorno del desierto. En él, Forbes no dudó en restar importancia al papel que había desempeñado Hassanein Bey en la expedición, lo cual provocó el discreto resentimiento tanto del propio Bey como de la familia Rodd. Incluso tuvo la temeridad de acusar a T. E. Lawrence, con quien se había reunido, de tener «el ansia más absurda por ser el centro de atención», cosa que conseguía «simulando su aversión al primer plano»[9] cuando ella misma era culpable del mismo delito. En sus memorias, Rosita explica con astucia que escapó de El Cairo a Levante y Turquía, tras haber escrito su libro, para «liberarse de estar enamorada, así como huir de ser "famosa"».[10]

A su regreso a Londres, «mi viaje a Kufra seguía suscitando un gran entusiasmo», entusiasmo fomentado con su consentimiento, sin duda, por sus editores.[11] Muy solicitada en comidas y cenas de sociedad, acudía a ellas de muy buena gana, al tiempo que se lamentaba en falso de tener que dar «discursos, discursos, siempre discursos»[12] Forbes dio una charla ante una sala abarrotada de la Royal Geographical Society, en Kensington Gore. Llegó incluso a recibir una carta de homenaje de la nación, encabezada por la firma del príncipe de Gales. Fue invitada al palacio de Buckingham y allí, sentada en un sofá con armazón dorado, entre el rey Jorge V y la reina María, (cada uno sostenía un extremo de «mi precioso mapa, el primero del desierto libio»), les describió su viaje a Kufra mientras sujetaba nerviosamente el centro del papel, para evitar que se rasgara en dos.[13] El mapa, de hecho, había sido compilado por el doctor John Ball, el diminuto y sordo director del *Desert Survey* de Egipto, a partir de información proporcionada por Rosita Forbes y por Hassanein Bey. Ball, fumador compulsivo, era «el padre de la exploración egipcia», pues se había aventurado por primera vez en el desierto de Libia con las Patrullas australianas motorizadas, durante la Primera Guerra Mundial.[14] Mientras Ball cartografiaba la zona, los australianos protegían la frontera occidental de Egipto contra las incursiones de los senusis de Libia, aliados de los turcos.

La fama es afrodisíaca y, al igual que sus colegas camelleros del desierto, los coroneles de la sección de inteligencia militar de la Oficina de Guerra se sintieron atraídos por una bella exploradora que tenía información de interés sobre la situación político-militar en las fronteras occidentales de Egipto. Uno en particular, el «apuesto» coronel irlandés Arthur McGrath, despertó el interés de Sita. No tardaron en casarse en la Capilla Real.[15] Durante su luna de miel en el continente, Rosita McGrath encontró tiempo para hablar ante dos sociedades geográficas, la Real de Amberes y la francesa, de las cuales recibió sendas medallas de oro. Resulta notorio que la Royal Geographical Society no hiciera lo propio, probablemente a causa de la exigua información científica aportada por Rosita Forbes y Hassanein Bey. Pues, con tan solo un barómetro aneroide con el que medir la elevación por encima del nivel del mar (lo cual permite a los cartógrafos añadir curvas de nivel en los mapas) y una brújula prismática, Hassanein Bey no podía hacer observaciones científicas exactas. Todo cuanto trajo consigo fueron sus anotaciones para un simple recorrido con brújula de esta ruta, las cuales hizo llegar al doctor Ball para que elaborase el «precioso mapa» de Rosita. Pero Hassanein Bey estaba ansioso por comprobar las observaciones de Rohlfs y situar a Kufra en el mapa de forma precisa. También quería ver qué había más allá de Kufra, en las vastas extensiones de desierto inexplorado. Había escuchado vagas historias de los habitantes de Kufra acerca de «oasis perdidos» y le intrigaba descubrir lo que había de cierto en esas leyendas.[16] Tras recibir los ánimos y el apoyo financiero de Fuad I, rey de Egipto, en diciembre de 1922, Hassanein Bey partió de nuevo a recorrer el desierto libio. Lo que halló iba a eclipsar por completo los muy celebrados éxitos de Rosita Forbes.

Hassanein Bey determinó, por medio de un barómetro aneroide y un termómetro, las altitudes de Jalo, Zighen y Kufra y fijó, con un teodolito y la observación cronometrada de las estrellas, su latitud, con lo que, por primera vez, se las pudo situar sobre el mapa con más precisión. La dificultad de llevar consigo un radiotelégrafo y tomar señales horarias entre los desconfiados beduinos solo le permitió reunir observaciones de longitud aproximadas. Los beduinos pensaban, no sin cierta razón, que había traído todos esos instrumentos científicos para trazar un mapa que permitiría a los extranjeros conquistar sus tierras en el futuro. Hassanein, para explicar la presencia de los instrumentos, les decía que estaba obteniendo información para elaborar un calendario para el Ramadán, el mes sagrado de ayuno y oración de los musulmanes. La tarea sumó aún más dificultades, si cabe, cuando una noche, en el transcurso de una tormenta de arena, su tienda se desmoronó sobre su cabeza y la mayoría de los

instrumentos quedaron dañados de manera irreparable por el poste de la tienda. Por fortuna, su gran cronómetro se salvó, lo cual, al menos, le permitió continuar haciendo algunas observaciones científicas.

En Kufra, donde disfrutó de la hospitalidad de Sayyid el Abid, que padecía gota, primo de Sayyid Idris, Hassanein Bey supo que los franceses habían patrullado buena parte del país hacia el sudoeste y que habían llegado hasta el pozo de Sarra. Esto le decidió a lanzarse en dirección sur, a través del desierto desconocido, en busca de los míticos «oasis perdidos» de la vía hacia Erdi, donde se creía que merodeaban bandidos tibu de la tribu guraan. Los mercaderes zwaya eran muy reacios a proporcionar camellos y hombres para una empresa tan peligrosa, pues la última caravana que había partido hacia esa ruta había sido masacrada y «engullida» de camino hacia Sudán.[17] Solo después de la intervención de Sayyid el Abid pudo Hassanein Bey conseguir algunos camellos y hombres, entre los que se contaban algunos tubu. Los ijwan y los jeques zwaya se despidieron de la caravana con una fatalista sentencia: «Lo que está decretado, está decretado, y así ocurrirá. Ojalá Dios os guíe por el verdadero camino y os proteja del mal».[18] Hassanein Bey y sus hombres rezaron con vehemencia para que así ocurriera, mientras atravesaban con denodados esfuerzos, por espacio de ocho días, las altas y encumbradas dunas de arena del sur de Kufra. Para evitar el intenso calor del mediodía, que hubiera dejado exhaustos tanto a hombres como a camellos, viajaban de noche, exponiéndose al frío inclemente.

De repente, una mañana pudieron distinguir los enormes picos cónicos de granito del Jabal Arkenu, que se elevaban sobre la niebla como castillos medievales. Los guraan le habían dado el nombre de una especie de árbol que crecía en su valle. La montaña de Arkenu, con sus reservas estables de agua potable, era el primero de los «oasis perdidos» que Hassanein situó en el mapa, cerca del punto de unión entre las fronteras oeste y sur de Egipto. En la distancia podía verse un macizo montañoso mucho mayor, de cima plana. Se trataba del Jabal Uweinat (de 1828 metros de altura, cubre una superficie de 1550 kilómetros cuadrados) donde, entre los gigantescos peñascos de granito que se amontonaban en su falda, pudieron hallar pozas de agua, rellenadas por las lluvias que atraían los imponentes picos situados a gran altura.

El descubrimiento de este segundo «oasis perdido» permitió que las futuras expediciones pudieran llegar directamente desde Egipto, con lo que se evitarían la acostumbrada recepción hostil en Kufra. Allí tendrían una fuente fiable de agua, que podrían utilizar como base para ulteriores exploraciones. En las paredes rocosas de los valles de Jabal Uweinat había

rudimentarios dibujos de leones, jirafas y avestruces, así como de hombres con arcos y escudos. En la bóveda de la cueva, halló figuras de cintura de avispa, pintadas en rojos y blancos. Dado que las jirafas no pueden vivir en el desierto y que no había pinturas de camellos (que fue introducido en África procedente de Asia en 500 a. C), Hassanein dedujo que las pinturas debían de haber sido dibujadas por los primitivos habitantes de la sabana antes de que tuviera lugar un gran cambio climático. Los valles angostos de la montaña habían sido ocupados por el jeque Herri, de los guraan, el «rey» de Uweinat, y por sus 150 seguidores, que habían huido de Ennedi después de su conquista por los franceses, diez años atrás. Tras continuar hacia el sur, Hassanein necesitó diez días de angustiosa marcha para llegar al oasis de Erdi, debido a que Herri y el otro guía se perdían repetidamente, o, como decía un beduino «perdían la cabeza».[19] La experiencia les enseñó que no debían apurar el agua de sus *girba* (odres de piel de cabra) antes de haber hallado un pozo con agua potable.

Al fin, Hassanein Bey alcanzó El Fasher, el centro administrativo de la provincia de Darfur, en el Sudán angloegipcio, ocho meses y 3540 kilómetros después de haber partido de la costa del Mediterráneo. Sus hombres celebraron haber llegado sanos y salvos «vaciando pólvora», es decir, disparando sus fusiles (a la usanza beduina de honrarlos «chamuscando sus sandalias») a los pies de las mujeres sudanesas, las cuales, a modo de bienvenida, se contoneaban y danzaban al ritmo de tambores.[20] Hassanein Bey fue honrado a la usanza tradicional europea, ya que se le concedió «la recomendación más elevada» del *Desert Survey* egipcio y la Medalla de Oro de la Royal Geographical Society,[21] pues había sido el primero en cruzar el desierto libio, el cual, gracias a sus observaciones científicas, ya podía ser navegado con precisión sobre un mapa. La única nota discordante fue la de la mujer de Arthur McGrath (antes Forbes) después de que Hassanein Bey leyera ante la Royal Geographical Society su conferencia sobre su expedición, el 19 de mayo de 1924. Tras felicitar, de forma condescendiente, a Hassanein por «traer a una nueva nación al campo de la exploración», no pudo resistirse a indicar que el explorador francés Émile-Louis Bruneau de Laborie solo había podido ser, a finales de 1923, el «segundo europeo» en llegar a Kufra (con lo que decía, de forma implícita, que ella había sido la primera, pues Hassanein no era europeo), durante su viaje desde Camerún francés, en el Atlántico, hasta el Mediterráneo.[22] Pero también es cierto, que, sin ser consciente, decía la verdad cuando manifestó su esperanza de que otros egipcios siguieran el ejemplo de Hassanein y desvelasen «los últimos secretos del desierto».[23]

Menos de un año después, el millonario príncipe Kemal el Din, hijo del exjedive egipcio Hussein y primo del príncipe (más tarde rey) Faruk, guiado por el doctor John Ball, alcanzó Uweinat desde el Nilo en una flota de coches semioruga Citroën-Kégresse, con chóferes franceses y espléndidamente suministrados por grandes caravanas de camellos que acarreaban gasolina y víveres. Según Ball, Kemal el Din no solo contaba con «amplios medios con los que equipar expediciones exploratorias», sino que también «poseía talento para la organización y el liderazgo, así como indómita perseverancia y una inmensa capacidad de llevar a cabo esfuerzos extenuantes».[24] Con Uweinat como base, recorrieron 290 kilómetros en dirección sur hasta Erdi, donde el príncipe, afamado cazador, abatió su primer antílope adax. A continuación, recorrieron otros 290 kilómetros en dirección este, por territorio desconocido, donde hallaron el oasis de Merga, deshabitado y casi desconocido, antes de regresar a Uweinat. En 1926, Kemal el Din marchó hacia el oeste desde Uweinat hasta la ruta comercial Kufra-Tekro y localizó el pozo de Sarra, un lugar yermo donde en 1899 los senusis, siguiendo las indicaciones de un anciano zahorí, habían excavado 60 metros de roca hasta encontrar agua. Por medio de radiotelégrafo y teodolito, el príncipe y el doctor Ball pudieron establecer la latitud y longitud de esos lugares y ubicarlos en el mapa. De camino a Uweinat, también descubrieron que el país de rocosas colinas situado en el extremo sudeste del Gran Mar de Arena formaba las primeras estribaciones de una enorme meseta de arenisca del tamaño de Suiza, a la cual el príncipe denominó Gilf Kebir. Esta gran escarpadura, combinada con las arenas infinitas, formaba una barrera de 800 kilómetros que se extendía por el norte hasta Siwa y que aislaba *de facto* Egipto del ignoto desierto situado más al oeste. La opinión generalizada era que a los coches les resultaría imposible, en particular a los inestables Citroën con sus complicados engranajes, superar el acantilado del Gilf Kebir o atravesar las inmensas dunas del mar de arena.

En 1927, Douglas Newbold, del Servicio Político de Sudán, y Bill Kennedy Shaw, del Servicio Forestal de Sudán, avanzaron hacia el noroeste desde la provincia sudanesa de Kordofán, en el que fue uno de los últimos grandes viajes en camello hecho por europeos en el desierto libio (el último de todos fue el de Wilfred Thesiger en 1939). Los dos exploradores alcanzaron Merga desde el sudeste y cruzaron Darb el Arbain por el oasis de Bir Natrun. A continuación, siguieron avanzando por la vasta e inexplorada planicie arenosa, entre los oasis de Merga y Selima, hasta llegar a Wadi Halfa, en el Nilo. Así, en el espacio de cinco años, entre 1922 y 1927, la porción central del desierto de Libia al sur

de los 22º de latitud, entre Darb el Arbain en el este y la línea de demarcación de la provincia del Chad, África Ecuatorial Francesa, por el oeste, fue recorrida por varias expediciones. Salvo una única excepción, todos los oasis de los que los árabes tenían noticia habían sido hallados y situados con precisión en el mapa. Tan solo quedaba el legendario oasis de Zerzura por descubrir y, excepto en el norte, donde el prolongado conflicto entre italianos y senusis impedía la exploración, no quedaba por investigar ningún área de tamaño superior al de Irlanda.

A finales de la década de 1920 no había motivo alguno para suponer que Zerzura no sería encontrada tarde o temprano, del mismo modo que los «oasis perdidos» de Arkenu, Uweinat y Merga habían sido localizados. «Pero sobre las leyendas de Zerzura, había gravitado siempre una cierta vaguedad de la que carecían otros lugares». La falta de conocimiento del área en la que se suponía que debía estar llevó a los exploradores a buscar indicios, no solo en los testimonios y tradiciones de los nativos, sino también en antiguos textos árabes y en las fuentes de la Grecia clásica. Tan pronto como un explorador revelaba una pista prometedora en un número de la revista de la Royal Geographical Society, que parecía relacionar Zerzura con un lugar concreto, en el número siguiente aparecía otro artículo, escrito por algún otro explorador, que le contradecía y citaba una fuente que situaba el oasis en otro punto. Durante toda la Edad Media, los autores habían hablado de un oasis escondido. El nombre «Zerzura» –cuyo significado probable es «oasis de pajarillos» (de «zarzar», la palabra árabe para estorninos o gorriones)– había sido mencionado por primera vez en el siglo XIII por el gobernador sirio de El Fayún, quien afirmaba que era una aldea abandonada al sudoeste del citado oasis. *El libro de las perlas ocultas*, un tratado de magia del siglo XV en el que se detallan los lugares en que están ocultos los tesoros de Egipto, así como los *yinn* o espíritus que los custodian y la manera de vencerlos por medio de encantamientos e incienso, situaba a Zerzura en un *wadi* (valle o cauce seco) cercano a la ciudad de Wardabaha. La describía «blanca como una paloma, en su puerta hay grabada un ave. Coloca con tu mano la llave en su pico y abre la puerta de la ciudad. Entra y hallarás grandes riquezas, y al rey y la reina durmiendo en su castillo. No te acerques a ellos y llévate el tesoro».[25]

La primera referencia europea a Zerzura figura en un libro escrito en 1835 por el explorador y egiptólogo *sir* John Gardner Wilkinson, quien tuvo noticia de un oasis situado al oeste de la ruta de caravanas, entre los oasis de Farafra y Bahariya, denominado Wadi Zerzura. Se decía del oasis que

> […] tiene abundantes palmeras, así como fuentes y algunas ruinas de época incierta. Fue descubierto hará unos nueve años por un árabe (es decir, hacia 1826) que buscaba un camello extraviado y, a juzgar por las huellas de hombres y ovejas que encontró, lo creyó habitado […] los habitantes son negros y muchos de ellos han sido capturados, en épocas diferentes, por los magrebíes, para esclavizarlos; aunque los «valles de los negros», una serie de oasis similares, se hallan aún más al oeste […] se supone que los negros que, algunos años antes, habían atacado Farafreh y secuestrado a un gran número de sus habitantes, llegaron de este oasis […] según otra fuente, Zerzura se halla a tan solo dos o tres días de Dajleh, más allá del cual hay otro *wadi*, y luego un segundo, con abundante ganado; luego vienen Gebabo y Tazerbo; y, más allá de estos, está el Wadi Rebina […].[26]

La relación de Wilkinson era de particular importancia debido a que, tal y como señaló el doctor John Ball, director del *Desert Survey* egipcio, Gababo era el nombre del grupo principal de fuentes que forman Kufra, y Tazerbo y Rebina son grupos de fuentes periféricas, situadas al norte y al este, las cuales serían descubiertas por Rohlfs, Forbes y Hassanein. Wilkinson situaba a Zerzura en algún punto del Gran Mar de Arena, por lo que su no descubrimiento no resultaba difícil de explicar.

El coronel De Lancey Forth sostenía que Zerzura se hallaba en el área norte del mar de arena. Forth, inspirado sin duda por el fascinante ejemplo de Rosita Forbes, había emprendido, a principios de la década de 1920, una serie de viajes por el área de dunas, en busca de rutas y pozas desconocidas empleadas por los nativos, incluidos los que se dedicaban al contrabando de armas y otros bienes, al robo y a la trata de esclavos en la frontera noroeste de Egipto. Consiguió adentrarse 640 kilómetros, sin un pozo, atravesando gigantescas dunas de arena (algunas de 120 metros de altura) en la época más calurosa del año y bajo la constante amenaza de violentas tormentas de arena. Aunque en su último viaje, en 1924, vio señales inconfundibles de un oasis y restos abandonados por hombres de la Edad de Piedra, el mal estado de sus camellos le impidió seguirlas. Consiguió llevar a su caravana de vuelta a Siwa, pese a que su guía quedó desorientado por completo entre las altas dunas. Nunca abandonaría la esperanza de encontrar Zerzura, hasta el mismo momento de su prematura muerte, en 1933.

Por su parte, Douglas Newbold y el doctor Ball abogaban por una segunda zona, situada a unos 640 kilómetros al sur, en la vasta área entre Dajla, Selima y Merga. Los testimonios de diversos beduinos, árabes y tubu, apuntaban a la existencia de un gran oasis con olivares, palmas y pozos, e incluso ruinas, al norte de Merga. Pero, con el tiempo, comenzaron a mostrarse más escépticos; Ball acabó por llegar a la conclusión de que «la existencia del "oasis perdido" de Zerzura no es más real que la de la piedra filosofal».[27] Otros pusieron esta idea en cuestión. Durante la excavación de un nuevo pozo en Bir Sahra (que significa Pozo del yermo o Sáhara) y en Bir Messaha (Pozo del topógrafo), al noroeste del oasis de Selima, el teniente J. L. Beadnell descubrió una extensión de territorio que muy bien podría haber correspondido al lugar de un oasis abandonado, aunque no podía afirmar si se trataba, o no, de Zerzura. Pero W. K. Harding King creía que Zerzura debía de hallarse a diez u once días al sudeste de Dajla, hacia Uweinat. No compartía el argumento de Ball de que la capa freática estaba demasiado profunda como para que pudiera existir un oasis y sostenía que incluso unas bajas precipitaciones podían dar lugar a la acumulación de agua en un pequeño oasis. Todo esto se basaba en historias explicadas por los habitantes de Dajla acerca de incursiones de pueblos negros procedentes del sudoeste. No había descripción de la propia Zerzura, ni mención de nadie que la hubiera visto. Pero en 1917, cuando acompañaba al desierto a un destacamento de las Patrullas motorizadas, el doctor Ball descubrió una gran cantidad de jarras de cerámica decoradas con símbolos tribales de los tubu. Los recipientes, cuya evidente misión era almacenar agua, estaban en la falda de una colina situada unos 190 kilómetros al sudeste de Dajla. Este hallazgo no solo hacía más probable la existencia de una antigua ruta de camellos a través del desierto al sudoeste de Dajla, sino que también explicaba el que seres humanos, árabes o tubus, pudieran llegar a Dajla por el sudoeste. Por otra parte, el depósito de jarras de agua de la colina de la Cerámica casi descartaba la existencia de ningún oasis intermedio en la ruta a Uweinat, pues, de haber habido uno, no habría tenido ningún sentido el esfuerzo de mantener un depósito de agua a más de 120 kilómetros de ningún otro punto. De ahí que Ball conjeturase que «Zerzura» podía ser «una corrupción de algún otro nombre derivado de "zeer", o jarra de agua [en árabe] por lo que, en lugar de "oasis de negros", ¿pudiera ser, en realidad, "el *depósito de agua* de los negros"?».[28]

En 1929, inspirada por las reflexiones de Ball y otros, una nueva generación de exploradores, encabezada por un oficial del Royal Signals Corps (Real Cuerpo de Transmisiones) de treinta años de edad, el co-

mandante Ralph Bagnold, tomó el testigo de la búsqueda de Zerzura. Bagnold se convirtió en el explorador más importante del desierto libio. Su abuelo había servido en la Compañía Británica de las Indias Orientales; para poder casarse con él, su abuela había seguido en 1838 la «nueva» ruta terrestre, que, a través de Egipto, llegaba hasta la India. El padre de Ralph había sido coronel de los Royal Engineers (Reales Ingenieros) y había servido en Chipre, Sudáfrica, Egipto y Sudán. Contaba con un arsenal de buenas historias, entre ellas una sobre freír faraones. Bagnold padre había servido en la fracasada expedición de 1884-1885 para rescatar a Gordon en Jartum. Mientras viajaba río arriba del Nilo a bordo de un vapor de la compañía Thomas Cook (el cual llevaba una reserva de momias para utilizar como combustible de combustión rápida para superar las cataratas), escuchó al capitán gritar en las calderas: «¡Muy bien, echad a otro faraón!».[29] El coronel Bagnold también ayudó al doctor Wallis Budge, eminente egiptólogo, a rescatar la colosal estatua de Ramsés II del cieno del fondo del Nilo. Parece ser que Budge tenía la costumbre de sacar de contrabando de Egipto sus mejores hallazgos y los enviaba río abajo, camuflados como procesiones funerarias, hasta Alejandría y de ahí al Museo Británico.

Cuando su padre fue destinado a Jamaica, el pequeño Ralph lo acompañó y no tardó en tomarle el gusto a explorar los alrededores de la casa, un antiguo molino de café en las montañas azules. La naturaleza de Ralph, inmensamente curiosa y práctica, no tardó en revelarse, cuando, con un martillo y un cincel que había recibido como regalo de cumpleaños, ¡excavó un canal en la roca y desvió la corriente del molino hacia la casa! Su curiosidad científica y destreza manual eran fomentadas por su padre y amigos, entre los que se contaban Charles Philips, futuro secretario de la Institución real. Tras regresar a Inglaterra, Ralph ingresó en el Malvern College, donde prefería pasar el tiempo experimentando en los laboratorios de ingeniería a participar en deportes de equipo.

Sus inclinaciones y formación determinaron la profesión que elegiría. Se incorporó al ejército regular y, tras superar en muy poco tiempo los cursos del «taller», la Real Academia Militar de Woolwich, y los de la Escuela de ingenieros militares, en 1914 ingresó en los Reales Ingenieros. Sirvió en los sectores más duros del Frente Occidental, donde fue mencionado en los despachos, y aprendió a distinguir los detalles surrealistas y macabros de la guerra, ya fueran el brazo cercenado pero todavía con su bocamanga de un oficial de marina que pasó volando a su lado tras la explosión de un dragaminas, o la cabeza y el torso, pero no la mitad inferior, de un soldado que se deslizó a su lado en un

cráter de artillería en el Somme. Tras obtener su grado de ingeniería en Cambridge en dos años, en lugar de en los tres habituales, sirvió un tiempo en Irlanda durante los *Troubles*, donde tuvo que enfrentarse a los barbudos «montañeses» de la turbera de Allen, entre otros.[30]

En 1926 fue enviado a Egipto, donde frecuentó a otros oficiales solteros de los cuerpos de transmisiones, ingenieros y carros en Haking House. Allí, en los viejos e infestados barracones turcos de Abbassia, en las primeras estribaciones del desierto, al este de El Cairo, cada miércoles era religiosa y fútilmente dedicado a quemar chinches en los camastros de hierro. La vida militar de aquellos días dejaba mucho tiempo libre, por lo que, en lugar de hacer lo que la mayoría de sus jóvenes camaradas, es decir, matar el tiempo en el conocido club deportivo Gesira de El Cairo, Bagnold partió a explorar el valle del Nilo con su pequeño auto Morris, en compañía de un puñado de amigos de similares inquietudes y de su perro alsaciano Cubby. Egipto fascinó a Bagnold como lo había hecho Dartmoor durante su niñez: «Ambos poseían la extraña aura inducida por la presencia física del pasado remoto, así como grandes y desnudas extensiones carentes de sendas, donde el temerario puede perderse».[31] Bagnold «era delgado y comedido, siempre estaba en forma» y se ejercitaba a diario en el trapecio suspendido sobre el techo de su habitación.[32] No tardó en visitar y escalar unas cuarenta pirámides y vio cómo el cuerpo felino de la Gran Esfinge era desenterrado de los siglos de arena bajo los que yacía sepultada.

Tras cambiar su diminuto Morris por un vehículo más robusto, un Ford T, el famoso «Tin Lizzie», Bagnold y sus compañeros se aventuraron tierra adentro, a través de territorios agrestes, carentes de carreteras, hasta el Sinaí, Palestina y Transjordania. Durante su visita al monasterio de Santa Catalina, fueron presentados al hermano Thomas, el cual, tras haber muerto en su silla de la morgue, hacía un siglo o más, había sido dejado allí donde estaba, todavía envuelto en sus hábitos, para que se disecara en el seco aire del desierto. No había hedor de descomposición y la comunidad del monasterio tenía la costumbre de tirar con cariño de la barbilla «del viejo amigo», lo cual hacía que su cabeza se bambolease un poco.[33]

Después de pasar por Petra, Bagnold comentó haber encontrado un espécimen «medio humano» de una «extraña tribu de gentes famélicas, de aparente origen no árabe» que moraban entre las viejas tumbas.[34] Al descender al mar Muerto, observó los «extraños» hombres que habitaban bajo el implacable calor y el aire estancado de la ciénaga pestilente que cubría el lecho del valle.[35]

Las aventuras de Bagnold en el desierto oriental habían resultado tan divertidas, y le habían dado tanta confianza en su capacidad de atravesar terrenos escarpados con un vehículo a motor, que dirigió ahora su atención en el desierto al oeste del Nilo. En 1927 ya había hecho la poco conocida travesía de 650 kilómetros de El Cairo al oasis de Siwa, donde había visitado «las decepcionantes ruinas del gran templo y oráculo de Júpiter Amón», en las que Alejandro Magno había sido consagrado como un Dios, y las «casas torre», de muros de adobe, de la parte vieja de la localidad.[36] Al año siguiente, sirvió como oficial de navegación en una expedición de localización de langostas en una aislada franja de vegetación situada a 800 kilómetros de distancia, en Bir Terfawi, cerca de la frontera sudanesa. El viaje requirió atravesar una parte de la vasta planicie arenosa, plagada de espejismos, de Selima, para luego retornar por la antigua ruta caravanera de los cuarenta días, la Darb el Arbain, durante la cual, con frecuencia, tuvieron que pasar por encima de los huesos blanqueados que alfombraban el camino. En ambas expediciones, Bagnold halló en la arena trazas de exploradores anteriores: la delgada doble huella dejada por la flota de coches orugas Citroën del príncipe Kemal el Din, así como las marcas, más gruesas y anchas, dejadas por los Renault de seis ruedas del príncipe Omar Tousson, primo de Kemal, que había localizado hacía poco las primeras murallas de dunas del Gran Mar de Arena, justo al oeste de los oasis egipcios más remotos. Comenzó a cristalizar en la mente de Bagnold la idea de que, contrariamente a las afirmaciones de Kemal el Din, era posible cruzar estas primeras murallas de dunas por medio de coches ligeros en lugar de los pesados semiorugas. Nadie había conseguido atravesar el desierto libio de este a oeste, ni en camello ni en coche. Por lo que, para confirmar qué había de cierto en la leyenda de Zerzura, cruzaría el área donde parecían concentrarse los rumores. Bagnold no podía resistirse a semejante desafío.

No obstante, Bagnold tuvo que organizar esta expedición desde la frontera noroeste de la India, adonde había sido destinado. En 1929, tras subirse al primer vuelo de las Aerolíneas Imperiales que cubría la ruta India-Gran Bretaña, desembarcó en El Cairo y allí se encontró con que el nuevo GOC, BTE (General Officer Commanding, British Troop Egypt [General al mando, Tropas Británicas en Egipto]) rehusaba conceder permiso a los compañeros de Bagnold para que le acompañasen al desierto aquel otoño, pues la estación menos calurosa se aprovechaba habitualmente para hacer maniobras militares. Sin dejarse vencer, Bagnold voló a Londres, donde, a pesar de su ligero tartamudeo, logró convencer al CIGS (Chief of the Imperial General Staff [Jefe del Estado

Mayor Imperial]) para que hablase con el GOC, BTE y le persuadiera de «no ser tan rígidamente militar».[37] Además, el CIGS consideraba que la información que Bagnold pudiera traer podría ser de utilidad para el ejército. Por lo que, «Faraón, deja ir a mi pueblo»* y, en noviembre de 1929, Bagnold, tras viajar en coche desde la India a Egipto, partió desde El Cairo con su expedición de seis hombres, en dos camiones ligeros Ford A (la versión mejorada del modelo T) y un turismo para reconocer el muro de arena al norte de Ain Dalla.[38] Acompañaban a Bagnold el capitán de los Reales Ingenieros V. F. Craig, MC,** que se encargaba de organizar la provisión de víveres; tenía la asombrosa capacidad de averiguar con exactitud la cantidad de comida que se necesitaría, habilidad adquirida, sin duda, durante sus largos viajes en tren por Rusia, donde sirvió con los blancos del almirante Kolchak durante la guerra civil. También estaba presente otro habitual del desierto, Guy Prendergast, un tímido teniente del Royal Tank Corps (Real Cuerpo de Tanques), cuya devoción y comprensión por el funcionamiento interno de tanques, vehículos y aviones solo lo igualaba su ferviente catolicismo. Prendergast sentía gran admiración por Bagnold, el cual le había pedido

> Recorrer el desierto a motor. [Prendergast] era una fuente de información sobre todos los temas […] cualquier cosa que pudiera tener relación con coches, navegación, radiotelegrafía, cualquier cosa que se te pudiera ocurrir, Ralph sabía la respuesta […] Tenía buenos contactos por todo El Cairo, como por ejemplo la Shell Co., o los jefes de Ford y Dunlop, los cuales nos proporcionaron una ayuda inestimable. Siempre he pensado que *sir* [Roderick] Jones [jefe de la agencia de noticias Reuters, marido de la hermana de Ralph, Enid, autora de *National Velvet*] fue una gran ayuda para Ralph siempre que necesitaba un contacto. Jones era miembro de la Royal Geographical Society e hizo que todos nosotros entrásemos en la Sociedad, la cual nos facilitó obtener ayuda económica. Ralph dirigía y todos lo hacíamos lo mejor que podíamos. Todos nos llevábamos bien, aunque Ralph no era de los que toleran con facilidad a los necios. Yo era uno, pero, dado que no tenía firmes puntos de vista sobre nada, no creo que nunca intercambiásemos ninguna palabra fuerte. Eso sí, algunos sí

* N. del T.: Alusión al pasaje bíblico. Éxodo, 9, 1.

** N. del T.: Poseedor de la Military Cross.

> que tenían palabras fuertes contra Ralph, dichas *sottovoce*, cuando superaba a tres vehículos atascados y anunciaba «piso firme más adelante» cuando todos sabíamos que, pasada una corta distancia, volvería a haber tres vehículos atascados.[39]

Bagnold, según admitió él mismo, cometió el grave error de no probar los tres camiones a plena carga por el tipo de desierto que iban a cruzar. Así, cuando avanzaban hacia el oeste desde El Cairo, los camiones quebraron la delgada costra del desierto y tuvieron que avanzar penosamente en primera, con lo que engullían gasolina y abrían profundos surcos en la superficie de arcilla y grava. Para empeorar aún más la situación, los radiadores no recibían aire; estaban conectados por un tubo a un condensador situado en el estribo, por lo que el agua hervía constantemente y obligaba a hacer frecuentes paradas. Más o menos cada tres kilómetros, los camiones quedaban atorados en las franjas de arena blanda, por lo que era necesario sacarlos de ahí con la ayuda de escalas de cuerda colocadas delante las ruedas delanteras, así como dos viejas planchas de acero de 2,4 metros emplazadas en surcos de arena excavados frente a las ruedas traseras. El conductor dejaba ir poco a poco el pedal del embrague y así el camión podía tener algo de agarre gracias a las planchas de acero y a las escaleras de cuerda para avanzar y, con un poco de suerte, salir de la trampa de arena. Las escaleras de cuerda eran un regalo del *Desert Survey*, pero las planchas de acero, que durante la Primera Guerra Mundial habían servido como techumbre de refugios, las había encontrado Prendergast en una chatarrería cairota. La expedición también sufrió un problema de navegación, pues no era capaz de conseguir una lectura precisa con la aerobrújula que les había prestado la Royal Geographical Society y que habían instalado en uno de los camiones, por su intenso magnetismo. Bagnold lo superó navegando por estimaciones durante el día, para lo cual utilizó el velocímetro del camión a modo de corredera,* y calculó su posición por medio de una brújula de diseño específico que utilizaba el principio del reloj solar, que había pulido con un torno en su habitación en El Cairo. Finalizado el recorrido diario, el rastro del rumbo seguido por Bagnold alcanzaba cierto punto entre las vacías cuadrículas de latitud y longitud del mapa. Tras la cena, que por lo general se componía de conservas, queso y bizcocho del ejército, Craig observaba las estrellas para calcular su posición. En el momento en que una determinada estrella pasaba a través de la mira del teodolito, Craig gritaba

* N. del T.: Instrumento utilizado antiguamente para medir la velocidad de navegación de un buque.

«arriba», momento en el cual otro miembro de la expedición anotaba el tiempo cronométrico. Más tarde, después de que el resto de la expedición se hubiera retirado a sus sacos de dormir, esa misma persona permanecía a la escucha de la señal horaria emitida desde la torre Eiffel de París, contando religiosamente los segundos en el aire silencioso de la noche en el desierto. De este modo, era posible fijar la posición exacta de su campamento, el cual servía como punto de partida sobre el mapa para la etapa del día siguiente.

El lento avance de Bagnold hizo que la expedición no tuviera suficiente agua para recorrer los 480 kilómetros de la ruta que iba directa al pozo de Ain Dalla. Localizado en una depresión deshabitada al noroeste del oasis de Farafra, el pozo había sido limpiado y reabierto por el príncipe Omar Tousson en 1928, con el fin de que sirviera como una excelente base de suministro de agua para la exploración del Gran Mar de Arena. Tras un desvío de 160 kilómetros al oasis de Moghara para reabastecerse de agua, trazaron una línea recta hasta alcanzar la inmensidad de arena al norte de Ain Dalla:

> Delante de nosotros, a no mucha distancia, a lo largo de todo el horizonte occidental, encendido por el primer sol de la mañana, se hallaba el muro de dunas doradas. Con los prismáticos podíamos ver su hilera de cimas regulares. No había nada más. La tierra era completamente llana y, al aproximarnos a las dunas, el contraste hacía que parecieran elevarse al frente, como si fueran cadenas montañosas […] tras dejar los coches sobre terreno sólido al pie de las dunas, ascendimos a la cresta más alta [95 metros] […] desde la cima, la vista era, por demás esperanzadora. La cadena formaba un único cerro, de afilada cresta, de 25 o 30 kilómetros de longitud, pero con un extremo sur delimitado. Más al oeste, había una extensión de algunos kilómetros más de terreno llano y rocoso, y luego había otra cadena paralela de arena pero que también tenía una longitud limitada, que iba menguando en dirección sur hasta una elevación puntiaguda; más allá de eso, había una segunda elevación, y luego otra, cada una de los cuales se superponía a la anterior. En apariencia, parecía posible superar esas dunas avanzando en zigzag, con lo que nos mantendríamos sobre terreno sólido todo el tiempo […].[40]

Fue así como la expedición de Bagnold recorrió hasta el límite de la primera de las enormes e infranqueables dunas serradas *seif* y viraron

al oeste. Sin embargo, menos de 3 kilómetros más tarde, vivieron su primera experiencia con una duna «de lomo de ballena»: «Infinitamente larga, de 800 metros de anchura, pero plana en su cúspide, y de tan solo 15 metros de alto […] a izquierda y derecha, a escasos kilómetros de distancia, la duna *seif* habitual, una cadena de empinadas crestas en cascada, que crecían, como parásitos, sobre la ancha superficie de la duna lomo de ballena».[41] Bagnold, «cerró sobre la primera a buena velocidad, convencido de que se hundiría hasta los ejes y se pararía en seco. Tan deslumbrante era la luz que reflejaba el muro amarillo que tenía frente a él, que era imposible ver lo que estaba pasando. El coche se inclinó hacia atrás, cesó toda sensación de movimiento y comenzamos a ascender suavemente, como si estuviéramos en un ascensor, más y más alto, hasta que en la cima pudimos contemplar ante nosotros una extensión de gigantescas nubes, mitad reales, mitad espejismo».[42] De este modo, Bagnold zigzagueó durante 65 kilómetros por las dunas, «flotando casi todo el tiempo a mucha altura sobre el terreno, como si estuvieran sobre bancos de nubes. La arena era en su mayor parte firme, pero en algunos lugares la superficie ocultaba pozos sin fondo de arenas movedizas secas, en las cuales los camiones casi se hundieron por completo […] y de las que tenían que ser rescatados con ayuda de las planchas de acero y de las escaleras de cuerda».[43]

Aunque esta expedición finalizó antes de lo previsto a causa de la avería de una caja de cambios, pues los dos camiones pesados se quedaban atascados una y otra vez en los tramos de arena blanda, Bagnold había demostrado que era posible cruzar la región de dunas altas del Gran Mar de Arena en un turismo Ford. Al año siguiente, viajó de nuevo a Egipto desde la India, después de ayudar a sofocar la revuelta de Waziristán (fue mencionado en los despachos). Con apoyo, entre otros, de Prendergast, Shaw y Newbold, consiguió, a bordo de tres coches Ford equipados con cajones adicionales en los que transportar reservas de agua, gasolina y otros suministros, alcanzar el límite occidental de la cadena de grandes crestas, 130 kilómetros al oeste de Ain Dalla y 50 al oeste del recorrido seguido por la expedición de Rohlfs. «El territorio está aquí tan repleto de arena que incluso las grandes dunas están prácticamente sumergidas, y apenas asoman crestas, pequeñas y bajas, aquí y allí, entre un pesado oleaje sobre el que uno puede planear en cualquier dirección. Hemos llegado hasta el cinturón de arenas abiertas y ondulantes que Hassanain Bey cruzó por la misma latitud, pero más al oeste».[44]

Era evidente que habían cruzado la zona realmente formidable del mar de arena en la latitud de Ain Dalla, por lo que avanzaron en

dirección sur durante 130 kilómetros, para luego ir en dirección este, y, no sin dificultades, hallaron los acantilados que Rohlfs había denominado colina Amonita, cerca de la cual dejaron un depósito de agua y gasolina para una segunda incursión a través del mar de arena hasta Uweinat. Tras retornar, a través de 160 kilómetros de dunas, a Dalla para descansar y reabastecerse, volvieron a la colina Amonita y se dirigieron hacia el sudoeste, siguiendo la antigua vía camellera de Kufra, sembrada de estiércol de camello, con intención de virar al sur y alcanzar Uweinat por el lado occidental del Gilf Kebir. Tras superar una formidable cadena de dunas, se vieron atrapados por una violenta tormenta de arena: «Toda la superficie bajo nuestros pies comenzó a moverse. Si un coche llegaba a detenerse, el viento excavaba hoyos alrededor de cada rueda, en los que se hundía a ojos vista. Hacia arriba, a través de la punzante bruma, uno podía ver cómo cambiaba todo el perfil de la cresta de dunas, según la arena se iba vertiendo en densos torrentes de una duna a otra. Quedarnos atascados allí habría significado la pérdida de al menos un vehículo».[45] Tras superar esto, avanzaron rumbo sur durante 160 kilómetros entre dos líneas de dunas casi infranqueables, pero se encontraron con que los muros del cañón dorado se cerraban ante ellos y los coches se adentraban en una masa de arenas blandas. ¡Estaban atrapados! Sus peores temores se habían hecho realidad: estaban atascados en el mar de arena, a kilómetros de distancia de cualquier pozo.

> Los rayos del sol de mediodía se concentraban sobre nosotros desde las centelleantes y cóncavas pendientes de arena, que nos rodeaban, como si se tratase de vidrio fundido. El aire tremolaba como si estuviera sobre una estufa al rojo vivo. No había sombra ni siquiera bajo los coches, pues estaban hundidos hasta los ejes; estábamos exhaustos tras muchos días de expedición y secos […] yacíamos inmóviles, entregados a placenteros sueños de cerveza helada en Wadi Halfa y mostrábamos interés, de una forma distante e impersonal, por nuestra propia apatía.[46]

Fue entonces cuando Douglas Newbold, «un gran hombre en todos los sentidos», comprendió cuál era el problema.[47] Estaban todos gravemente deshidratados. Se saltaron el racionamiento de agua y cada uno de ellos bebió rápidamente una pinta. El efecto fue instantáneo, como si se hubieran tomado un *whisky* bien cargado con soda. Se pusieron en pie, recuperaron los coches en un instante y volvieron sobre

el camino recorrido durante 16 kilómetros, hasta que hallaron una pequeña brecha en el lado este de las dunas, la cual les permitió escapar de su abrasadora prisión. De no haber sido por la rapidez mental de Newbold, habrían perecido.

Huyeron hacia el sur, siguiendo un corredor de dunas hasta que el mar de arena «comenzó a fragmentarse entre escarpadas aunque llevaderas colinas. Pero durante muchos kilómetros más, le veríamos perseguirnos con largas y persistentes líneas doradas, hostigándonos por entre el mar púrpura, manteniéndose a nuestra zaga, como una manada de lobos. Luego quedó atrás y no volvimos a verlo más».[48] La sensación de opresión desapareció y, casi al mismo tiempo, comenzó a soplar el fresco viento del norte que se mantuvo el resto de la jornada.

> Aquella noche, en el campamento, nos vimos sorprendidos por una invasión de pequeñas moscas que se concentraron en gran número en torno al coche. Esta zona del país está formada por unas soledades tan estériles que no esperábamos vida alguna, aparte de la nuestra. Al sur de la colina Amonita no se veían ni siquiera pájaros. No habíamos visto vegetación, viva o muerta, durante los últimos 350 kilómetros […] pero había vida. En nuestro siguiente campamento […] una colonia de jerbos nos mantuvo despiertos, pues durante la noche saltaban sobre nuestros rostros e investigaban los contenidos de nuestras cacerolas. ¿De qué viven? ¡Si no hay nada más que arena![49]

Tras menos de 65 kilómetros, las colinas occidentales se agruparon para formar los abruptos acantilados del Gilf Kebir, una enorme y misteriosa meseta. Las dunas les habían impedido alcanzar por el norte este «mundo perdido» y recorrer su inexplorada vertiente septentrional.[50] Sus limitadas reservas de agua no les habían permitido explorar a pie sus profundas gargantas, oscuras y cubiertas de peñascos dispersos, por lo que continuaron a lo largo de su extremo oriental, primero siguiendo las huellas de la expedición de 1926 del príncipe Kemal el Din, para luego atravesar entre las arenas abiertas hasta alcanzar la gran ciudadela en ruinas de Jabal Uweinat. Mientras conducían entre los peñascos desperdigados a los pies de la montaña, se rompió la corona del eje trasero de uno de los coches Ford modelo A. Dado que carecían de pieza de recambio, y que el coche no podía remolcarse, tuvieron que abandonarlo a su pesar y embutir hombres y material en los dos restantes, lo que acabó con las escasas posibilidades

que les quedaban de hacer una incursión en el lado oeste del Gilf Kebir, pues no se atrevían a perder un segundo vehículo.

Fueron momentos duros y difíciles, pues tampoco sabían con quien se podían encontrar en Uweinat. Creían que el «rey» Herri y sus guraan eran amistosos. Los guraan eran una tribu tubu de las montañas del Tibesti, en el extremo occidental del desierto libio. Habían escapado a Wadai tras la conquista francesa, desde donde llegaron a Kufra y de ahí a Uweinat. Pero si algún beduino de la tribu zwaya se hallaba allí, Bagnold esperaba lo peor, pues los zwaya habían sido bombardeados hacía poco por los italianos, los cuales pretendían tomar Kufra y completar su conquista de Libia. No hallaron ningún rastro humano en la pequeña poza de agua de lluvia en la profunda garganta de Karkur Murr, por lo que, tras bañarse y beber hasta hartarse, se adentraron en el valle de Hassanein, con las pistolas cargadas y amartilladas. Encontraron allí dos albercas con un agua increíblemente clara, un rebaño de cabras, un asno muerto, el esqueleto de un camello, pero ninguna tribu. En Karkur Talh, un valle contiguo, en la falda nordeste de la montaña, vieron los dibujos y pinturas rupestres de Hassanein, huellas recientes de nativos y una cabaña deshabitada. Más tarde, Bagnold y Shaw ascendieron entre el laberinto rocoso del bastión sudeste, erosionado hasta haber formado torres y picos, sobre las tierras altas. Aberturas inesperadas, como puertas rotas en las almenas de un castillo en ruinas, les permitían otear sobre la llameante, casi vacía, llanura hasta una distancia en apariencia ilimitada. Bagnold pensó que este debía de ser «el oasis más solitario del mundo».[51]

No estaban solos. Al día siguiente, al amanecer, mientras el campamento de Bagnold en la boca de Karkur Murr se desperezaba, un hombre vestido con ropajes azules caminó por la garganta hacia ellos. Supieron, por su parco árabe, que era un nigeriano, esclavo de Herri y que el «rey» se encontraba al otro lado de la montaña. Tan solo quedaban en la montaña seis guraan, malviviendo como podían. Después de aceptar un terrón de azúcar y té, desapareció de regreso a la garganta. Con la esperanza de poder encontrar a Herri o a algún otro guraan, la expedición de Bagnold recorrió 30 kilómetros hasta el otro pozo, en el lado sur de la montaña de Ain Doua, pero lo encontraron abandonado. Dejaron presentes, que, como supieron más tarde, fueron aceptados con agradecimiento por Herri, quien recorrió a lomos de camello todo el camino de vuelta hasta Kufra para informar de ese hecho, así como de la presencia de los británicos.

Durante su viaje de retorno, desde Uweinat a Wadi Halfa, en el Nilo, atravesaron una región de colinas negras y profundas depresiones,

la cual correspondía a la localización donde, según los rumores de los nativos, Harding había situado Zerzura. Pero Bagnold no tenía ni tiempo ni agua para explorar esta extensa área en busca de una poza de agua. Después de recorrer con dificultad el rocoso terreno, alcanzaron la vasta planicie arenosa de Selima, que se extendía 480 kilómetros hasta casi llegar al Nilo. Bagnold condujo sin descanso durante horas, a menudo cegado por los espejismos que le rodeaban y guiándose con la brújula a través del gran disco vacío. Los ocupantes de uno de los coches se quedaron dormidos: el conductor apretaba a fondo el acelerador y el coche se salió de la pista, aunque pudo recuperarse, no sin esfuerzo. Tan solo dos rasgos del terreno aliviaban la interminable monotonía del paisaje: una solitaria *barchan*, o duna de media luna, a cuyo sotavento acamparon (y al pie de la cual, cincuenta años después, un arqueólogo estadounidense halló las basuras que dejaron), así como la roca de Burg el Tuyur, de 2,4 metros de altura, que había sido descubierta por Newbold y Shaw tres años antes. Desde allí, prosiguieron las huellas de camello del segundo hasta el paradisíaco oasis de Selima, anidado debajo de una colina de color púrpura-parduzco, en el extremo de una gran depresión. Deshabitado, apenas visitado, con una alfombra de hierba, dos pequeños grupos de palmeras y fuente inagotable de agua dulce, la visión de esta antigua escala de Darb el Arbain llenó de alegría a Bagnold y a sus compañeros. Tras beber hasta saciarse, a pesar de la presencia de un zorro muerto en el pozo, recorrieron con facilidad 240 kilómetros de desierto hasta que, de repente, se encontraron ante el Nilo, «como mercurio en una cubeta, encogiéndose sobre sí mismo sin humedecer o colorear las arenas de ninguna de las dos orillas».[52] Dejaron los coches en la orilla oeste y pasaron al pueblo de Wadi Halfa, encalado con esmero, punto de escala para funcionarios del Gobierno que viajaban entre Egipto y Sudán. Tras ser bienvenidos por el gobernador y atender el correo, se aventuraron en el *suq* en el único, y muy deteriorado, taxi de la localidad. Encontraron un café griego y «trasegamos toda la cerveza con la que habíamos soñado en el calor del mar de arena. Fue allí donde se fundó el Club Zerzura […]».[53]

El Club Zerzura nunca lo fue en el sentido estricto de la palabra, con sede, «estatutos, cuotas de ingreso, etc. […]». Se trataba, más bien, de un grupo indefinido de individuos cuyos «requisitos para ser miembros era haber tomado parte activa en la búsqueda del oasis perdido de Zerzura o en la exploración general del desierto libio».[54] Una vez al año, por lo general durante la última semana de junio, los exploradores que se hallasen en Londres para la reunión y cena anuales de la Royal

Geographical Society debían reunirse y celebrar su propia cena (para la cual optaron por el Café Royal). La tarde precedente a la cena, tenían que reunirse en la sede para narrarse unos a otros sus últimos viajes al desierto de Libia y mostrarse fotografías y películas de sus hallazgos. En pocas palabras, el Club Zerzura consistía en una reunión de entusiastas del desierto libio. Eran en su mayoría británicos, pero, como veremos, no tardarían en unirse italianos, húngaros, alemanes y egipcios.

La expedición de Bagnold a El Cairo, además de demostrar la viabilidad de Darb el Arbain como ruta para vehículos a motor entre Egipto y Sudán, había recorrido 4980 kilómetros en cinco semanas. Fue aclamada por *The Times*, que la calificó de «notable expedición» que había hallado una ruta a través del Gran Mar de Arena.[55] *The Times*, no obstante, señaló que «El comandante Bagnold no tuvo éxito en su intento de descubrir el oasis perdido de los negros, Zerzura […]».[56] Pero, como mencionó el propio Bagnold en la conferencia que leyó ante la Royal Geographical Society el 20 de abril de 1931, «si existe un oasis en la zona norte, su paradero ha sido empujado hacia el oeste por las expediciones del coronel Forth, el príncipe Omar Tousson y nosotros mismos […] en la zona sur […], el viaje de Newbold y Shaw de 1927, y el nuestro más reciente, han llevado la posible localización de un oasis más al oeste y al sur, lo cual reduce su localización a un área reducida».[57] También cabía la posibilidad, tal y como Shaw observó tras la conferencia, de que «incluso una gran depresión como Zerzura podría haber sido anegada, al cabo de muchos años, por el Gran Mar de Arena, o por la zona situada al sur».[58] La búsqueda de Zerzura proseguía.

NOTAS

1 CCC, BP, B13, *Daily Mail*, 8 de abril de 1935.
2 CCC, BP, B13, *Daily Telegraph*, 8 de abril de 1935.
3 CCC, BP, B13, *News Chronicle*, 8 de abril de 1935.
4 Heródoto, 1989.
5 G. Rohlfs, 1867, 46.
6 H.V.F. Winstone, 1993, 245.
7 R. Forbes, 1938, 370.
8 *Ibid.*, 392.
9 R. Forbes, 1949, 54.
10 *Ibid.*, 51.
11 *Ibid.*, 55.
12 *Ibid.*

13 *Ibid.*
14 R. A. Bagnold, 1990, 70.
15 R. Forbes, 1949, 56.
16 A. M. Hassanain Bey, 1925, 32.
17 A. M. Hassanein Bey, octubre de 1924, 290.
18 A. M. Hassanein Bey, noviembre de 1924, 353.
19 *Ibid.*, 356.
20 *Ibid.*, 362.
21 *Ibid.*, 363.
22 *Ibid.*, 364.
23 *Ibid.*
24 J. Ball, 1934.
25 R. A. Bagnold, 1935, 268-269.
26 J. Ball, 1928, 253.
27 Citado por J. Ball, agosto de 1927, 120-121.
28 J. Ball, 1928, 255.
29 *Ibid.*, 123.
30 R. A. Bagnold, 1990, 5.
31 *Ibid.*, 45.
32 *Ibid.*, 51.
33 Lloyd Owen Papers, junio de 1973.
34 R. A. Bagnold, 1990, 57.
35 *Ibid.*, 60.
36 *Ibid.*, 61.
37 R. A. Bagnold, 1987, 82.
38 R. A. Bagnold, 1990, 64.
39 *Ibid.*
40 Lloyd Owen Papers, junio de 1973.
41 R. A. Bagnold, 1987, 127-128.
42 R. A. Bagnold, julio de 1931, 16
43 R. A. Bagnold, 1938, 1229.
44 *Ibid.*
45 *The Times*, 3 de enero de 1931.
46 R. A. Bagnold, 1938, 1230.
47 R. A. Bagnold, 1987, 161.
48 R. A. Bagnold, 1990, 70.
49 R. A. Bagnold, 1987, 163.
50 R. A. Bagnold, julio de 1931, 27.
51 R. A. Bagnold, 1987, 164.
52 *The Times*, 5 de enero de 1931.
53 Papeles de Harding Newman, VC, nota de Holland acerca del «Club Zerzura», 10/7/33.
54 R. A. Bagnold, 1987, 178.
55 *Ibid.*
56 *The Times*, 3 de enero de 1931.
57 *Ibid.*
58 R. A. Bagnold, julio de 1931, 33.
59 *Ibid.*, 36.

Libro completo **aquí**

DESPERTA FERRO
EDICIONES

«Me gusta pensar en Zerzura como una idea que no podemos describir con una palabra, algo que espera a ser descubierto en algún lugar remoto e inaccesible, si uno es lo suficientemente arrojado como para intentar su búsqueda. Algo indefinido, con contornos diferentes según el individuo que lo piense; para un árabe, puede ser un oasis o un tesoro oculto, para un europeo, un yacimiento arqueológico, una nueva planta o mineral o, simplemente, el anhelo de encontrar algo todavía desconocido».

Así describía Ralph Bagnold la pasión que durante los años treinta del siglo XX arrastró a un grupo de aventureros cosmopolitas –el Club Zerzura– a internarse en el desierto de Libia, recorriéndolo en vehículos y aeroplanos en pos de oasis perdidos y antiguas ciudades de civilizaciones desaparecidas, con las *Historias* de Heródoto como guía de viaje. Pero, detrás de un aparente y caballeroso espíritu deportivo, estos *gentlemen* se dedicaban a cartografiar el desierto de Libia por motivos militares. El Club Zerzura enmascaraba una rivalidad despiadada: si Mussolini contaba con hacer de Egipto la pieza central de un nuevo Imperio romano, los británicos, para quienes el canal de Suez era estratégico, estaban totalmente dispuestos a impedirlo.

Pronto el ejército perdido del rey persa Cambises vería su sueño turbado por las cadenas de los blindados del Eje, decididos a alcanzar Alejandría, y los miembros del Club tomarían senderos encontrados. Mientras que Bagnold fundó el Long Range Desert Group para espiar e interrumpir el avance de Rommel, el conde László Almásy –fascinante aventurero y aristócrata húngaro, el verdadero «paciente inglés»– intentaba llenar El Cairo de agentes nazis. Un juego peligroso en el que ambos se valieron del conocimiento y de los mapas del desierto trazados durante sus arriesgadas exploraciones.

«Un día, quizá el viento del desierto libio, soplando en tempestad sobre los cordones de dunas y levantando en el aire nubes de arena fina, restituirá a los hombres el oasis perdido, revelando su emplazamiento y sus secretos», dijo Théodore Monod, otro explorador. Pero ese día no ha llegado y Zerzura sigue durmiendo, esperando. Búsquenla mientras tanto en estas páginas.

ISBN: 978-84-948265-8-0
9 788494 826580
P.V.P.: 24,95 €

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL